VICENTE LACAMBRA SERENA



YO NO MATO

DRAMA EN TRES ACTOS

EL SEGUNDO DIVIDIDO EN DOS CUADROS



VALENCIA.—1922
Imprenta de Olmos y Luján
Calle de Jesús, núm. 47

YO NO MATO

YO NO MATO

DRAMA EN TRES ACTOS
EL SEGUNDO DIVIDIDO EN DOS CUADROS

ORIGINAL DE

VICENTE LACAMBRA SERENA

✣ ✣ ✣ ✣ ✣

Estrenado con gran éxito en el Teatro de la Princesa, de Valencia, el día 14 de Febrero de 1922



VALENCIA.—1922
Imprenta de Olmos y Luján
Calle de Jesús, núm. 47

PERSONAJES

ISABEL.—(21 años; es guapa; viste con elegante sencillez).
MATILDE.—(Hermana de Enrique; 26 años; viste con sencillez).
SRA. LORENZA.—(50 años; madre de Isabel y Laureano).
AURORA.—(Criada de la casa; aragonesa, joven; viste humildemente).
ENRIQUE.—(28 años; viste, en el primer acto, traje de mecánico, de lienzo oscuro, con cazadora abrochada al cuello y gorra; en el segundo y tercero, traje de americana, decente, y sombrero flexible).
LAUREANO.—(29 años; viste parecido a Enrique).
JULIO.—(40 años; viste de americana y sombrero flexible).
MAÑO.—(40 años; viste como los obreros del campo, en Aragón; chaqueta corta y de pana, pantalón de lo mismo, alpargata abierta y gorra o boina).
RAMÓN.—(35 años; viste modestamente, como obrero de fábrica).
HUESPED 1.º, ID. 2.º, ID. 3.º — Visten como obreros del campo.
DOS NIÑOS.
OFICIAL FRANCÉS.
GENDARME 1.º
INSPECTOR DE POLICIA.
MOZO DEL BAR.
OBRERO 1.º
ID. 2.º

A D. Jacinto Benavente.

Entre aplausos que desprendían incienso de gloria, la noche memorable del estreno de «La Malquerida», *fué usted bastante generoso para estimar en más la redención del presidiario inocente que las dulces mieles del ruidoso triunfo; entre otros aplausos que sancionaban esta modesta producción, entregué lo mejor de mi alma al recuerdo de usted y de los corazones generosos que hicieron por mi libertad, para dedicarles, como débil muestra de mi profunda y eterna gratitud, esta mi primera obra teatral.*

El Autor.

REPARTO

Personajes	Actores
ISABEL.	Srta. Lasa.
MATILDE.	» Perlá.
Sra. LORENZA..	Sra. Martínez.
AURORA.	» Terol.
ENRIQUE..	Sr. Borso.
LAUREANO.	» Ortega.
JULIO.	» Muñoz.
MAÑO..	» Perlá.
RAMON.	» Perlá (hijo)
HUESPED 1.°	» Lloréns.
ID. 2.°	» Colás.
ID. 3.°	» Lorente.
OFICIAL FRANCÉS.	» Troncoso
GENDARME 1.°.	» Roig.
INSPECTOR DE POLICIA..	» Lorente.
MOZO DE BAR..	» Colás.
OBRERO 1.°..	» Roig.
ID. 2.°	» Rosas.

Dos niños, gendarmes, policías y concurrentes.
Dirección de escena: D. Eduardo Perlá.
Apuntador: José Díaz.
Segundo apunte: Jaime Rosas.
La acción: Primer acto en Francia, segundo y tercero en Barcelona.
Epoca actual. Punto de vista, el del actor.

ACTO PRIMERO

Representa el teatro una modesta taberna donde se sirven comidas. Al foro, puerta de entrada; derecha foro otra puerta; junto a ésta (izquierda) un mostrador de madera pintada y una pequeña estantería, con algunas botellas de licores y vinos; laterales derecha e izquierda con puertas, cuatro o cinco mesas de pino, repartidas convenientemente, y taburetes en derredor. Un farol colgando del centro.

El decorado humilde, como conviene a estos establecimientos. Al fondo y sobre la puerta, un reloj de pared.

ESCENA PRIMERA

MAÑO, AURORA, SRA. LORENZA, OBREROS

El Maño, sentado sobre una mesa (derecha), con un palo entre los brazos, a manera de guitarra; Aurora estará limpiando otra mesa con un trapo; la señora Lorenza, tras del mostrador, ora apoyada con los codos sobre él, ora sentada en una silla; gente humilde (obreros del campo), unos tomando unas copas y otros charlando, sentados en derredor de las mesas.

Maño — *(Mientras se alza el telón cantará, con tono de jota aragonesa, a media voz, de prisa y rasgueando en el palo.)*

Tin, tirintín, tirintín,
Tin, tirintín, tirintán...

Aurora — *(Sin dejarle pasar del segundo tarareo.)* Oye, Maño, estás mu contento.

Maño — Qué has de hacéle. Lo mismo m' han de dar si no lo estára. ¡Bah! A las penas, puñalás.

Aurora Bien; así me gusta.

Maño Medraícos andaríamos si uno s' había d' acoquinar cuando no le salen las cosas como quiere. Hoy mal..., mañana pior..., así vamos pasando; hasta que s'acostumbra la presona. *(Algunos concurrentes se sonríen, haciendo signos como de aprobación.)*

Aurora Sigue, sigue, pues, con la jota, que más vale estar alegre que andar enfurruñao y metío en pensares.

Huésp. 1.º Tié razón la chica.

Aurora Claro que la tengo. Pero... vamos, como os habéis de marchar sin haber ganao dinero, y aquello parece que no está muy bien...

Maño ¡Otra! A mi tierra voy, y eso siempre da alegría.

Aurora ¿Por qué viniste?

Maño ¡Por qué vine, por qué vine!... Bien malo me sabe tener que venir; no te fegures que no. Si yo pudiera arreglámelas po mi pueblo. Pero... ya ves; mi madre y mis hermanicas nesecitan pa comer, y como allá no hay trebajo... Tó s' ha perdío este año. Ni vino, ni aceite, ni trigo... ¡ná! Y l' hambre, que es mu negra, te empuja pa otra parte.

Huésp. 1.º Mucha verdá es lo que ice el Maño.

Maño. *(Quedándose un momento pensativo.)* Tié razón Enrique. El gobierno, u quien sea, no l'ha hecho bien. Dempués que hemos venío, vuélvete con las manos a los bolsillos. ¿Qué culpa tenemos nusotros?

Sra. Lore. ¡Ay, hijo! ¡Cosas de la guerra! A todos nos trae de cabeza. ¡Cosas de la guerra! *(Dando un suspiro profundo.)* ¡Ay!

Maño Pues po eso mismo no l' han hecho bien. Si nusotros fuésemos los enemigos...

Huésp. 1.º Eso, eso qne ice el paisano. Coge el hatico y márchate, talmente que si estorbásemos.

Huésp. 2.º Trebajo bien hay.

Huésp. 3.º Sí; más que nunca; pero como si no l' hubiera. No querrán que l' hagamos cuando nos echan.

Maño Y que no nos quea más remedio que inos. En ban-

daícas, en bandaícas, como los pajáros de paso.

Aurora — No se queje usted, Maño; que ahora mismo acaba de decir que estaba contento porque volvía pa su tierra.

Maño — ¡Claro! En dengún lao se está mejor que en casa... si se pué estar. Juntico a la agüela y a las hermanicas, tó va bien. A uno le cuidan, le preguntan si s'ha cansao, le traen el calcero seco, si ha llovío, se lo preparan tó, tó, lo mismo que si no tuvieran otra obligación que servirle.

Aurora — *(Picarescamente.)* ¿Y nada más?

Maño — ¿Le parece a usté poco?...

Aurora — Quiero decir que también la... novia debe llamále. *(Sonriendo.)* Los amores tiran mucho.

Maño — Yo no tengo novia. Los pobres, como no podemos hacer las cosas cuando pintan bien, a lo mejor sale un requilorio que lo enrea tó. Y eso l' ha pasao a este Maño.

Aurora — ¿Qué le pasó, qué le pasó? *(Con curiosidad.)*

Maño — L' otra vez, cuando vine aquí, pa juntar dineros pal casamiento fué. Y mientras yo, trebaja que trebaja, no hacía más que pensar en ella, ella, obligá por sus padres, se casó con otro, porque era más rico. De mó y manera, que sólo las mujeres de casa me llaman pa allá.

Aurora — No le querría mucho su novia, cuando l' hizo eso.

Maño — Sí que me quería. Buenos lloriqueos icen que le costó el tené que casase con otro.

Sra. Lore. — *(Con tono enojado.)* ¡Aurora! Charla usted más que una cotorra. ¡Siempre la misma!, ¡siempre metiéndose en lo que no le importa! ¿Qué le va ni le viene a usted en que el Maño tenga novia o no la tenga y si le quería o no?

Aurora — A mí ná; pero en algo s' ha de pasar el tiempo.

Sra. Lore. — Mejor sería que lo empleara en recoger y arreglar las mudas que lavó ayer de los que se van mañana.

Aurora — Ya están recogías y arreglás.

Maño — Por mí pueo asegurarlo. La ropica mía l' he visto en denantes, y está talmente que cuando salí de casa.

Aurora ¿Sí?

Maño Sí. Como que paecía el mismo bultico que apañó mi madre pa venir. Y míe usté qué cosas. Al cogélo, m' han rebrincao por aquí drento (*Tocándose el pecho)* unas miajas de alegría, como si ya estára viendo a la agüela. *(Durante esta escena habrán ido saliendo todos los parroquianos, quedando tres solamente en una mesa de la derecha. El Maño se sentará sobre la mesa, instantes antes de ir Aurora a limpiarla.*)

Aurora *(Llegando hasta el Maño, con el trapo en la mano.*) ¡Hala, hala; fuera de ahí! ¡Cuándo s' ha visto sentarse encima las mesas! Eso es muy puerco.

Maño ¡Bueno, mujer, bueno! Pero, más se empuercan comiendo, y no ices ná. *(Sonriendo)*. *(A Aurora)*. T' has volvío mú elustrá.

Aurora Y tú muy... no quieo icílo.

ESCENA II

Dichos e Isabel (que entrará por la puerta lateral derecha haciendo labor de crochet).

Isabel ¿No ha vuelto Enrique, mamá?

Sra. Lore. Ni Enrique ni tu hermano han vuelto aún. ¡Y ya hace mucho rato que se marcharon!...

Isabel ¿Dónde habrán ido?

Sra. Lore. No lo sé. Este hijo mío, cuando ya sólo le quedan horas de estar con nosotras, se marcha por ahí a pindonguear, como si tal cosa, como si hubiera de volver mañana.

Isabel Habrá ido a despedirse de...

Maño Dígalo usté ya; de su novia.

Sra. Lore. ¡Los hijos, los hijos! Entusiasmado con la defensa de la patria, parece que no se acuerda que nos quedamos solas y sin tener quien nos defienda de la miseria que se viene encima.

Huésp. 1.° (*A Aurora.*) Muchacha, tráenos unos vasos de vino del campo Cariñena. Le iremos tomando el gustico, pa cuando lleguemos allá.

Aurora Voy en seguida. (*A la señora Lorenza.*) Tres de Cariñena. (*Sirve el vino oportunamente.*)

Sra. Lore. (*Mientras vacía el vino en los vasos y hablando como consigo misma.*) Lo mismo que cuando enviudé; es decir, peor. Ahora se van todos mis huéspedes, se llevan a Laureano... y arréglate como puedas. ¡Si al menos me quedara algo para vivir, como entonces!...

Isabel Me hubiera usted creído a mí... Con irnos a España...

Sra. Lore. (*Con resolución.*) No. Yo no dejo a mi hijo solo; no, vamos; ¡que no lo dejo!

Isabel Pero, mamá; ¿cómo va usted a acompañarle? A menos que vaya usted a las trincheras...

Sra. Lore. No le acompañaré, pero estaré aquí; que aunque no soy francesa, él nació en Marsella y es francés. No puedo aconsejarle que deserte, después de haberse alistado. ¿No lo ves, hija? Además, todos van contentos a la guerra, y no quiero que digan que el hijo de la española ha huído por cobardía.

Maño ¡Mu bien; pero mu bien! seña Lorenza. Habla usté como un deputao.

Isabel También yo pensaba antes así; pero ahora...

Sra. Lore. ¿Ahora, qué?

Isabel Que eso de matarse y más matarse porque sean de aquí o de allá y porque a los que mandan se les antoje lanzarlos a unos contra otros, no me parece bien en hombres civilizados.

Maño Eso mismo ice Enrique.

Isabel Por lo que toca a nosotras... ¡bien lucidas quedamos! La causa de todo, la guerra. Yo la detesto. La sangre me da horror.

Maño Ya no sé quién tié razón, si la madre u la hija.

Sra. Lore. ¡Jesús, Jesús! Hay para volverse loca.

Huésp. 1.° *(A Aurora.)* ¿Cuánto vale el gasto?

Aurora Cuarenta y cinco céntimos.

Huésp. 2.° Vámonos, chicos, a arreglarlo tó pa la marcha.

Iremos a que nos pague el amo. *(Saliendo por el foro.)* Hasta más ver.

Todos. Adiós; hasta luego.

ESCENA III

SRA. LORENZA, ISABEL, AURORA, MAÑO y una pareja de gendarmes, que entran por el foro.

Gendar. Buenos días.

Todos. Buenos días.

Gendar. 1.º (*A la Sra. Lorenza.*) De orden de la autoridad debe estar dispuesto para las cinco de la tarde su hijo Laureano Gómez, como voluntario destinado a incorporarse a filas. Ahí va la orden. (*Le entrega un papel.*)

Sra. Lore. (*Tomándolo.*) ¡Dios mío, dadme fuerzas!

Gendar. 1.º Ha llegado la hora en que todo buen francés tiene la sagrada obligación de reivindicar el honor de la patria con las armas en la mano. Será la revancha, con todos los réditos devengados desde el setenta.

Isabel No puedo, no puedo oir estas cosas. (*Con indignación y abandonando la escena. Hace mutis lateral izquierda y vuelve a salir momentos después de haber hecho mutis los gendarmes, llevando en las manos un canastillo en que hay cubiertos.*)

Gendar. 1.º (*Saliendo y desde el umbral puerta foro.*) Pronto, pronto tendrá usted a su hijo otra vez aquí, que volverá vencedor. Porque ¡ahora venceremos! Laureano es muy entusiasta, es un buen francés, un valiente francés.

Sra. Lore. ¡Quiera Dios que no se equivoque usted; que vuelva pronto, que no me lo maten al pobre hijo mío!

Gendar. 1.º ¡Qué van a matar! No tema usted.

Gendars. Adiós. (*Mutis foro.*)

Todos Adiós.

ESCENA IV

SRA. LORENZA, AURORA, MAÑO, ISABEL

Isabel (*Saliendo por lateral izquierda.*) Me he entrado a mi cuarto por no decir lo que, de haber estado aquí, no hubiera podido callarme. (*Con tono enojado.*) Ese, ese Canard tiene la culpa de lo que hace Laureano. Le ha hinchado de tal manera con el viento de la gloria, que ya no queda en su cabeza ni pizca de sensatez. Ayúdeme, Aurora. (*Se ponen a enjugar unos cubiertos que habrá sobre el mostrador.*)

Sra. Lore. Muy amigos son Laureano y él. Quizá sea verdad lo que dices.

Isabel ¿Que si lo es?... ¡Ya lo creo que lo es!

Aurora L' otro día leían el papel ahí delante, y ese Canard decía a unos cuantos mozos que estaban con él: «Todo hombre joven que no vaya a la guerra será un cobarde, un mal francés, cualquier cosa digna de desprecio.»

Isabel (*A su madre.*) ¿Lo ve, lo ve usted?

Sra. Lore. (*Con abatimiento.*) ¡Dios mío, Dios mío! ¡No sé qué va a ser de nosotras! Se me aprieta el corazón, según se va acercando la hora de la marcha de Laureano... lo mismo que si quisiera decirme que no he de verle más.

Maño ¡Bah! No sea usté tonta. Yo estuve en la guerra de Cuba.... y si no hubiera sío po un poquico d' hambre que pasamos cuando s' acababa, y muchas mojaúras, y algún piojico, y algunas enfermeaes..., no s' hubiera muerto casi denguno.

Isabel Es que aquella guerra no era como esta.

Maño Pué que tenga usté razón; porque allí, denguno queríamos ir. Nos hacía mieo l' agua... y otras cosicas. Denguno tenía voluntá, vamos, voluntá salía de uno mismo.

Sra. Lore. (*Que habrá salido de tras del mostrador, sentándose al grupo de su hija, el Maño y Aurora.*)

Estoy loca, ¡loca! Si nos quedamos aquí, como se van todos mis huéspedes, no podremos vivir; si nos vamos a España, Laureano se queda solo, sin calor de nadie... Puede llegar mañana herido... ¡Ah, no, no! No quiero ni pensarlo; ¡no! ¿Y qué hacer, Dios mío? ¡Qué hacer!

Isabel — Irnos a España. (*Con resolución.*)

Aurora — Me paece que Isabel tiene razón.

Maño — Me paece que sí. Tós pa allá. Eso sería lo mejor.

Sra. Lore. — ¿Y mi hijo?

Maño, Aur. — También. (*Con firmeza.*)

Sra. Lore. — No se lo digáis a él, porque, de seguro, os mirará con desprecio y os llamará antipatriotas.

Maño — ¿Y cómo se llaman los hijos que dejan a su madre abandoná?

Aurora — Descastaos los llamamos en mi pueblo.

Maño — Pues eso le diremos a él.

Isabel — Muy bien, Maño.

Aurora — (*Que se habrá levantado, yendo hacia la puerta lateral derecha y mirando hacia fuera.*) Por allá viene con Enrique. Paece que hablan muy acaloraos. (*Señora Lorenza, Isabel y Maño se levantan y van hacia la puerta foro, mirando hacia fuera.*)

Sra. Lore. — ¿Qué deben discutir?

Isabel — (*Un poco intranquila.*) Tal vez cosas de la guerra. (*Haciendo esfuerzos para serenarse.*) Cualquier tontería. (*Hablando como consigo misma y aparte.*) ¿Le habrá dicho...? ¡Es capaz!

Sra. Lore. — (*Fijándose en Isabel.*) ¿Te encuentras mal, hija? Has perdido el color.

Isabel — (*Con turbación.*) No, no, madre; no es nada. Un poco de malestar. (*Sonriendo forzadamente.*) Ya se pasó.

ESCENA V

DICHOS, LAUREANO y ENRIQUE por el foro

Laureano (*Entrando juntamente con Enrique.*) Parece que nos esperaban. ¿Hay algo de nuevo?

Sra. Lore. Lo que hay de nuevo es que no paras nunca en casa desde que te apuntaste como voluntario y aguardas ser llamado a filas.

Laureano Madre, no tanto.

Sra. Lore. Sí. No parece sino que hayas querido anticipar la hora de abandonarnos.

Laureano Pero, ¡madre!

Sra. Lore. Bien está que se ame a la madre patria; pero no lo está menos que asimismo se ame a la madre que te trajo al mundo.

Isabel Eso, eso que dice mamá.

Laureano Tú, calla.

Sra. Lore. ¡Estos hijos!, ¡estos hijos! Después que cuestan tanto de criar, cuando pueden ayudarla a una, sólo de disgustos sirven. Desde que murió el pobre Antonio (Dios lo tenga en la gloria) y me quedé con tres muñecos que cabían debajo de una canasta, siempre suspirando por que fueran mayores, siempre aperreada por ellos... y cuando ya son hombres, sigue aperreada y sigue suspirando, porque nunca falta una zancadilla u otra que los separe de tí. ¡Ay, Dios mío!

Laureano Bueno, madre; tiene usted razón. Pero por encima del interés particular está el interés general, está el honor de la Francia, que necesita de todos sus hijos para acudir a defender la integridad del país y los fueros del Derecho.

Isabel Canard, Canard. Todo eso te lo ha metido en la cabeza Canard.

Laureano ¡Calla, tú! (*Sigue con creciente entusiasmo.*) Y en esto de defender la nación, que usted y otros sólo saben ver un sacrificio, hay un deber tan sagrado, tan santo, como lo tendría de defen-

derla a usted, si cualquiera, con motivo o sin él, la maltratara en mi presencia. (*Enrique sonríe e Isabel se fija en ello.*)

Sra. Lore. ¡Yo no sé, hijo mío, yo no sé qué decirte!

Isabel ¡Ya, ya te contestará Enrique!

Laureano (*Sin hacerle caso.*) Note usted que se dice: «*La madre Patria*». Y a las madres se las defiende sin vacilaciones, sin titubeos; hasta derramar por ellas la última gota de sangre. No merecería el nombre de hijo quien no obrara de esta suerte. (*La señora Lorenza, Aurora y Maño, quedan como convencidos.*)

Enrique (*Subrayando las frases.*) Permíteme te diga que tus actos contradicen tus palabras.

Laureano No veo en qué.

Enrique (*Recalcando los conceptos.*) La señora Lorenza, aquí presente, es la que te llevó en sus entrañas, la que, con sublimes abnegaciones a que sólo la verdadera maternidad sabe llegar, te amamantó después, siendo toda solicitud,` toda ternura, toda heroísmo para defender tu vida de dolores y enfermedades: es la que amparó tu desvalidez cuando niño, es la que aún sufre por tí siendo hombre. Todo esto, amigo Laureano, creo le da un derecho bien legítimo al dulce nombre de madre, no obstante lo cual tú la... defiendes, abandonándola. He querido hacer notar esta contradicción.

Laureano No, no, no la hay. El porvenir del pueblo francés, que es también el suyo y el mío, lo exige todo. Al defenderlo, la defiendo a ella.

Enrique Di más bien que sacrificas una madre a la otra madre; la de carne y hueso, la que Natura te dió, la que fué para tí toda bondad, a la que sólo llama hijo cuando necesita; quizás... ¡ay!... para enviar, desgraciadamente, a la muerte. (*Con energía.*) La madre patria, la que verdaderamente mereciera ese nombre, no podría, *por ser madre* (*Acentuando esta última frase*), consentir que sus hijos se destrozaran.

Laureano ¡Oye!

Enrique Espera. No entra en los sentimientos maternales el verter sangre inocente porque el egoísmo quiera ensanchar sus negocios valiéndose del cañón. La madre abraza, está hecha de amor, sólo de amor.

Laureano Siempre con tus aberraciones, siempre con tus sueños utópicos. (*En torno burlesco.*) Patria, el mundo; guerras, contra la Naturaleza, para arrancarle mayores medios de bienestar; odios, para las iniquidades. Amigo... te aseguro que estás en Babia. (*Con entereza.*) Odios y patrias y guerras habrá siempre.

Enrique De lo cual no podrá inferirse que sea eso lo justo, el ideal, consciente o subconsciente, que late en todo humano pecho al suspirar por la dicha.

Laureano (*Con desprecio.*) Ideales, es decir, sueños.

Enrique (*Con convencimiento.*) No, sueños, no; los hechos del mañana, que se acerca aunque no quieras. Observa, si te place, la tendencia general a evitar la guerra, aun en aquellos mismos que la producen. Han visto que sólo es ruina, y crear un estado de derecho que la haga imposible es, sin duda, la aspiración más extendida. El desarme, el arbitraje obligatorio, dirimir, en fin, por la razón y la justicia lo que, por las armas, sólo la hecatombe puede traer.

Laureano Es que el derecho y la libertad exigen, con frecuencia, el riego fecundo de la sangre mártir.

Enrique El derecho y la libertad regados con sangre, dejan tras de sí una estela de odios y rojas manchas de crimen, que no armonizan, que no pueden armonizar con tan sagrados principios, dando, además, por resultancia que el vencedor convierta en derecho sus conveniencias e interprete a capricho la libertad ajena. El derecho y la libertad son cuestiones de dignidad humana, de ética social.

Laureano Déjate de monsergas, que sólo sirven para los que soñáis. La Historia nos dice que, hasta la hora presente, toda conquista ciudadana ha tenido que cimentarse en sangre.

Enrique ¡Triste hecho que sólo prueba la barbarie, el estado de lucha a lo salvaje y el reinado abominable de la fuerza! (*Debe decirse esto con amargura y convicción de apóstol.*)

Isabel (*Emocionada.*) Con Enrique pienso en cuerpo y alma.

Enrique (*Con calor de convencido.*) Yo quisiera infiltrar estas verdades en todos los cerebros, para que, al enfrontarse con las viejas y atávicas preocupaciones, pudieran las conciencias decidirse, sabiendo hacia dónde van.

Isabel No sé decir las cosas con las palabras que emplean los que han estudiado; pero cuando pienso que mi hermano obra como obra y él cree que es su deber y otros le dan la razón, se me antoja que los que así piensan son locos de atar o que no saben distinguir entre lo que está bien y lo que está mal.

Enrique (*Con ternura y envolviéndola en una mirada cariciosa.*) Ese sentido común hace falta a muchos hombres.

Laureano Digáis lo que digáis, nada habéis de sacar. Estoy resuelto a cumplir con mis deberes de ciudadano francés e iré, voluntario, a ofrecer mi humilde persona al servicio de la patria.

Sra. Lore. (*Sacando un papel del bolsillo.*) ¡Toma! Ya puedes ir. Ya te han llamado. (*Entregándole el papel.*) ¡Toma, toma! Ya que otra cosa no podamos hacer, tu madre y tu hermana rogarán a Dios por tí. (*Queda abatida, se sienta en una silla, e Isabel y Aurora forman grupo, a ambos lados colocadas, derechas, simulando que la consuelan. Enrique y el Maño hablan bajo a la otra parte.*)

Laureano (*Ha cogido el papel y lo lee para sí.*) (*Al cabo de unos instantes.*) ¡Ya llegó! Ya soy un número del ejército francés. Pediré ir al frente, a la línea de combate, donde pueda hacer algo que llame la atención y haga hablar de mí. (*Enarbolando el papel con la mano.*) ¡Viva Francia!

Sra. Lore. (*Llorosa.*) ¡Ni siquiera se acuerda de nosotras!

Isabel ¡No se acuerda, no! Le ha enloquecido el patriotismo.

Laureano Y a ustedes el egoísmo. Voy a prepararme. Hasta luego. (*Sale por la lateral derecha.*)

ESCENA VI

DICHOS, menos LAUREANO

Maño (*Viendo llorosa a la Sra. Lorenza.*) A mí me paece mal lo que hace Laureano. Si yo viera llorar a mi madre, no sabría dejala.

Enrique Ni yo.

Maño Cuando fuí pa Cuba... po un poquico más nos venimos tóos aquí. Venga a llorar, venga a llorar l' agüela, se m' hizo el corazón mu apretao, y a punto estuve de icile: ¡Madre, vámonos tóos pa Francia! Allí estaremos juntos.

Isabel No todos los hijos son lo mismo, Maño.

Sra. Lore. Laureano también tiene buen corazón... Sí, hija, sí; tiene buen corazón.

Isabel Pues no lo demuestra.

Enrique Tiene alguna disculpa tu hermano. (*Todos ponen atención a lo que va a decir Enrique.*) Un soplo de cálido entusiasmo patrio invade toda la nación. Aquí, allá y acullá, las notas bélicas suenan a continuo como un toque de arrebato. Las naturalezas jóvenes y fogosas encuentran en este medio más de cuanto se necesita para perder la cabeza. Se excitan las pasiones, se halaga el amor propio hasta el extremo de que cada ciudadano francés puede creerse, en ciertos momentos, salvador y providencia de su patria. Todos sueñan en ser héroes, en hazañas fabulosas que perpetúen sus nombres; en el incienso de la gloria, en el orgullo del triunfo, y a merced de esta bruma soporífera, que tiene, sin embargo, la grandeza augusta de la abnegación, la conciencia del individuo enmudece de pronto para pasar a ser lo que en el ladino argot político se

llama conciencia nacional. No le habléis ya de madre, ni de familia, ni de peligros personales, ni de deberes para con los suyos, porque todo esto lo estimará muy secundario ante la empresa magna a que cada cual se cree llamado.

Sra. Lore. ¡Qué razón tiene usted!

Enrique ¡Lástima, lástima grande que arrestos tan nobles en su esencia, no se dirijan a fines más justos y más racionales! ¡Lástima que en vez de contribuir a la hecatombe, no se esgriman para hacer imposible toda guerra, toda discordia entre los pueblos, todo choque entre los hombres, cuya resultancia fatal será siempre el fraticidio!

Isabel ¡Muy bien, muy bien! (*Con vivo entusiasmo se levanta para ir hacia él y le estrecha la mano.*)

Sra. Lore. (*Con acento reprensivo.*) ¿Qué es eso, Isabel?

Enrique Es que siente como yo, es que ama como yo, y la visión del bien la entusiasma. Nada hay en ello censurable, señora Lorenza. (*Sigue con acento vibrante.*) Yo sueño, sueño con fe de apóstol en que no está lejano el día del abrazo universal o, cuando menos, de los pueblos que se llaman civilizados. (*Con entusiasmo.*) Sería hermoso, muy hermoso, que a los egoísmos canallas que piensan en dominarlo todo por la fuerza, respondieran los derechos, cien veces santos, de una Humanidad consciente y sedienta de paz y amor.

Isabel ¡Sí, muy hermoso! (*A la señora Lorenza.*) ¿Verdad, mamá?

Sra. Lore. Sí, hija; pero ¿qué importa que piensen así unos cuantos?

Enrique No son unos cuantos, señora Lorenza. Exceptuando aquellas personas que por cimentar su predominio en el expolio y sufrimiento de sus semejantes han hecho de su conciencia una especie de bolsa donde la moral no se cotiza, todos los demás, tomados uno a uno, convendrían en lo mismo.

Isabel ¿Y cómo no se ponen de acuerdo para evitar todo lo malo que existe sin justificación posible?

Enrique Por muchas causas, entre las cuales sobresalen dos: (*Con firmeza.*) ¡Ignorancia!, ¡cobardía!

Isabel Pues bien van a la guerra y se matan, sin volver atrás, por defender el derecho, según dicen.

Enrique Porque no han sabido comprender aún que cada cosa engendra su semejante, razón por la cual del odio no puede salir jamás la paz.

Isabel Sí, sí. Es cierto.

Enrique Pues bien. Sobre estos cimientos la Humanidad, con el egoísmo crudo por última razón, no hace sino devorarse a sí misma, destrozarse sin tregua, como si una locura de sangre rigiera sus destinos y el hombre reclamase la primacía en los instintos absurdamente feroces.

Sra. Lore. ¡Por qué no pensarán todos así!

Isabel ¿Por qué, Enrique?

Enrique Porque en los intereses encontrados no puede haber fines armónicos, es decir, porque a unos conviene pensar en necio y otros no aciertan a pensar en cuerdo. (*Pausa.*)

Sra. Lore. ¡Jesús, Jesús! Aurora; vamos arriba a preparar unas cosas para la marcha de Laureano.

Isabel ¿Subo yo?

Sra. Lore. No; tú quédate aquí. (*Salen por puerta foro derecha la señora Lorenza y Aurora.*)

Maño Yo también me voy a dar una vuelta. (*A Isabel, al levantarse.*) ¡Qué bien ice las cosas Enrique! Yo no me cansaría nunca de oílo. (*Sale foro e Isabel sonríe de satisfacción.*)

ESCENA VII

ISABEL y ENRIQUE

Isabel Me has dejado encantada oyéndote. Te hubiera abrazado de buena gana, como aquella noche... venturosa... que también hablabas así; pero de amor, de un amor grande, inmenso, bajo cuyo conjuro se besaron nuestras almas y se confundieron nuestras voluntades.

Enrique — Todo es amor, aquello y esto; aquél, realizado; éste, ideal; aquél nos fundió a los dos; éste sueña en fundir a la Humanidad bajo el abrazo de hermanos. Nosotros nos comprendimos. Cuando comprendan todos que la dicha sólo es posible en la armonía...

Isabel — ¡Qué delicioso sería vivir un mundo de amor!

Enrique — ¡Y qué trágico resulta vivir un mundo de odios!

Isabel — Pero nosotros nos amamos; hemos de amarnos siempre.

Enrique — Sí, Isabel; pero pensando también en que tenemos la obligación de hacer cuanto se pueda por que se amen los demás, por que nos amemos todos.

Isabel — (*Con ternura.*) ¡Qué corazón tan grande tienes!... ¡Qué dichosa me considero por vivir dentro de él, recibiendo su influencia! (*Pausa y transición.*) (*Como si de pronto la hubiera asaltado una idea ingrata.*) ¿Y, por fin, te vas?

Enrique — ¿Qué remedio?

Isabel — Pues yo me voy contigo.

Enrique — No, no puedo consentirlo. No puedo responder con un rapto a la confianza que tu buena y afligida madre ha depositado en mí. ¡Yo volveré, necesito volver, debo volver!

Isabel — Vas allá, conocerás otras mujeres. (*Suplicante.*) ¡No te vayas, Enrique! Lejos de mí... La distancia dicen que causa olvido.

Enrique — ¿Olvidarte? ¿Crees eso?

Isabel — He sido tuya... y ¡ahora te vas!...

Enrique — Pero, ¡Isabel!

Isabel — ¡Qué desdichada soy! ¡No te vayas!

Enrique — (*Con tristeza.*) Tengo que marcharme, Isabel. Mi trabajo, al incorporarse a filas casi todos los obreros, ha terminado. Los motores de que cuidaba, en quietud están. Cadáveres parecen en su reposo absoluto. Como si un soplo de muerte hubiera llegado hasta ellos, la arpillera que los cubre tiene aspecto de sudario. Y, ya ves. Si no fuera bastante la orden de repatriación, ha venido también la falta de jornal. Tengo que irme...

y con gran pesar de mi alma. No creo que pongas en duda que me es muy doloroso el tener que separarme de tí.

Isabel — Llévame contigo. Mi dicha consiste en estar a tu lado, y tu dijiste más de una vez que la felicidad es lo primero de todo.

Enrique — No puede haber felicidad cuando se abandona el cumplimiento del deber. Tu madre, anciana ya, sucumbiría, de seguro, al rudísimo golpe de tu abandono, y esa muerte tendría que pesar sobre tu conciencia y sobre la mía como una maldición eterna.

Isabel — No sé qué decirte. Comprendo que tienes razón; pero a pesar de ello, siento algo que me arrastra hacia tí, hacia el hombre que ha sabido despertar mi espíritu a ciertas grandezas que ignoraba.

Enrique — En la vida es casi todo pequeñez, miseria, debilidad.

Isabel — ¡Tú, no; tú, no!

Enrique — Yo también. Yo, que he detestado siempre los abusos, he sido en esta casa un poco indigno. Por las puertas de la confianza admitido en ella, no supe resistir ante tu belleza tentadora y... Pero ten fe en mí; mi compañera serás, si el Destino no se opone. Lo considero obligación.

Isabel — Pero, ¿por qué no me permites anticipar la dicha, siendo tu compañera desde ahora?

Enrique — Porque para ello tendrías que ser hija ingrata y me incumbe guiar hacia el cumplimiento del deber a la que, por deber, ya me considero unido.

Sra. Lore. — (*Dentro.*) Isabel, oye, sube un momento.

Isabel — ¿Qué quiere usted, mamá? Voy, voy. (*A Enrique.*) No te vayas. Cuida unos instantes de esto. (*Enrique asiente e Isabel sale puerta derecha foro.*)

ESCENA VIII

ENRIQUE

Enrique (*Después de un momento en que aparece pensativo.*) ¡Pobre Isabel! Me dió su corazón y su honra; se entregó a mí con el abandono, con la confianza de la mujer que tiene fe ciega en la bondad del hombre a quien ama. Fué débil por amor. Sus recelos se justifican. Ve que voy a marcharme y que la dejo aquí, que nos separará la distancia de muchos kilómetros... Y yo le exijo que aguarde, que crea en mí. ¡Qué inconsiderados, qué egoístas somos los hombres! Queremos el amor de la mujer y, cuando lo hemos obtenido, le pedimos el heroísmo de creernos y de esperar. Y ella seguramente sabrá esperar y creer en mí. Pero yo no defraudaré, Isabel, no defraudaré tus esperanzas. Sabré cumplir con mi deber, sabré hacer honor a mi palabra.

ESCENA IX

ENRIQUE, MAÑO, HUÉSPEDES, por el foro, luego ISABEL, puerta foro derecha

Maño (*Entrando.*) Me los he encontrao ahí y m'he vuelto con ellos. (*Por los huéspedes.*)

Huésp. 1.º Ya estamos de vuelta y con tó arreglao.

Enrique ¿Y cuándo es la marcha?

Huésp. 1.º Esta misma tarde nos vamos pa Marsella en el tren, y mañana embarcaremos pa Barcelona.

Huésp. 2.º Véngase usté con nosotros. Iremos mejor; porque usté sabe ande está el barco y lo que hay que hacer pa embarcarse.

Enrique Tal vez les acompañe.

Maño ¡Claro! ¿Qué quié usté hacer aquí?

Isabel (*Saliendo por puerta derecha foro.*) Enrique tiene que esperar unos días; no puede marchar aún, ¿verdad? Ha de arreglar un asunto.

Maño (*Sonriendo.*) Pa mí que... la señorica Isabel también se vendría con nosotros. Debe tirarle aquello. Como dende pequeñica no ha estao allá...

Isabel Tiene usted razón; tengo muchas ganas de ir a España; pero mi madre no quiere que dejemos solo a Laureano; se ha empeñado en eso.

Maño ¡Otra! Si el chico se va a la guerra, solo tendrán que dejalo ustés.

Isabel Eso mismo decía yo a mi madre.

Maño ¿No las deja él?... No sé qué quieren ustés hacer aquí.

ESCENA X

DICHOS, LAUREANO y luego la SRA. LORENZA

Laureano (*Entrando.*) Ya lo tengo todo preparado.

Isabel ¿Para qué?

Laureano ¡Para qué ha de ser!; para la incorporación. Ya me veo frente a un alemán. Veremos quién resulta más peludo. Y luego otro, y otros. Hay que cobrarse.

Enrique (*Con amargura.*) ¡Cuánta sangre, cuánta sangre va a correr sobre la tierra!

Huésp. 1.º (*A Aurora.*) Muchacha, tráete una barajica. Jugaremos un guiñote pa pasar el rato y ver quién paga el gasto que hagamos. (*Se sientan cuatro a los cuatro lados de la mesa.*) Vamos, maño, jugaremos los cuatro. (*El maño acude.*)

Aurora (*Cogiendo la baraja de un cajón del mostrador y llevándosela.*) Ahí la tienen ustés. (*Se ponen a jugar, habiendo repartido previamente seis cartas a cada uno, en dos tandas de tres, principiando por la derecha del que tiene la baraja. La señora Lorenza entra por puerta derecha foro.*)

Laureano (*Al verla.*) Madre, ya llegó la hora. Verá usted cómo su hijo da qué hablar, cumpliendo como un buen patriota.(*Se muestra satisfecho*).

Sra. Lore. Ese es tu gusto y, ¡ay! ese es mi disgusto. Se me puede ahogar con un cabello, según tengo de apretada la garganta. (*Sollozando.*) ¡No te veré más, hijo mío; no te veré más! El corazón no me engaña, ¡no me engaña!

Jugad. 1.° Veinte en copas.

Jugad. 2.° Que les ganamos la partía.

Isabel (*Afligida y cariñosa.*) No llore usted, madre. Laureano volverá pronto.

Enrique ¡Pobre mujer! A su vejez, cuando podía esperar el apoyo de los hijos, la familia deshecha y la miseria encima; y todo por causa de la guerra, de la que ninguna culpa le alcanza.

Laureano (*A su madre.*) Vamos, mujer; no llore usted. (*Con intención.*) Se conoce que no es usted francesa.

Sra. Lore. (*Indignada y levantándose.*) ¿Qué? (*Movimiento en todos como de indignada sorpresa.*)

Enrique Nada, señora Lorenza, nada. Tu madre es madre, y madre española, título que deja bien sentado, siendo toda sacrificio.

Sra. Lore. ¡Jesús, Jesús!

Enrique ¿Quieres impedirle que llore la ida del hijo a la guerra? ¿Quieres, acaso, que ría, como tú?

Isabel Vamos, mamá, vámonos arriba. (*Salen por lateral izquierda.*)

Laureano No quiero que ría; pero tampoco quisiera que llorase. ¿No dices que el deber, por amargo que sea, ha de cumplirse siempre con entereza y buen semblante? A tus consejos me atengo.

Enrique (*Con sonrisa escéptica.*) ¡El deber, el deber!... ¡Es tan difícil para muchos hombres alcanzar lo que esa palabra significa!... Atiborrada su mente de prejuicios, visto todo bajo engañoso prisma, los principios de verdadera moral parecen desterrados de la Humanidad, y el deber, con triste frecuencia, se toma por cobardía o por otras cosas peores.

Laureano No estamos nunca de acuerdo.

Enrique El día en que, por las lecciones de la experiencia, sea tu cerebro algo más que un eco de lo que más suena, tal vez convengamos en algunas cosas. Entre tanto, estudia el libro de la vida, aprende en el sufrimiento, que tiene elocuencia suma.

Laureano (*En tono despectivo.*) ¿Qué influencia tendrá el sufrimiento para las ideas?

Enrique La misma que el crisol para los metales, purificarlas, expeler la escoria de los atavismos y de las estultas convenciones, para no dejar sino la austera verdad, que necesariamente conduce a la justicia y al bien. El sufrimiento es el gran purificador de las almas, lo es indudablemente, porque obligándolas a execrar las pasiones y miserias que causan el dolor, las eleva al plano ideal donde se sueña en lo bello, en lo justo, en lo humano; donde el amor destella sus lumbraradas fraternales, llamando a los hombres al abrazo universal. (*Dentro y como a lo lejos.*) ¡Viva! ¡Viva!

Laureano (*A Enrique.*) ¡Oye, oye! Mira qué contentos van. Deben ser los reservistas. Vamos a ver. (*Salen todos hacia la puerta y se oyen aún los vivas.*) Fíjate, fíjate qué entusiasmo. (*Burlescamente.*) Diles que están locos.

Enrique Fíjate, fíjate cómo lloran muchas mujeres y muchos niños.

Laureano (*Con desprecio.*) ¡Mujeres y niños! ¡Eso no entra en cuenta.

Enrique (*Con firmeza.*) Madres e hijos, es decir, amor e inocencia. ¡Eso, eso es lo más grande, lo más augusto, lo único augusto y grande!

Laureano ¡Bueno, bueno; te daremos la razón! Voy a por mi maleta. (*Mutis.*) (*Los jugadores habrán vuelto a entrar y quedarán sentados en su sitio atendiendo a lo que dice Enrique.*)

ESCENA XI

ENRIQUE, MAÑO, JUGADORES

Enrique ¡Pobre loco! Me da verdadera lástima... Yo no concibo que se menosprecien así la tranquilidad de un hogar y las lágrimas de esa anciana.

Maño ¿Le da lástima?

Enrique Sí. Compadezco profundamente al hijo y a la madre. El pecho de esa mujer se desgarra de dolor por la ida del hijo a la guerra y el pecho de ese hijo no se ablanda ni ante las lágrimas de la que le dió la existencia.

Maño Tié usté mucha razón.

Enrique (*Como para sí.*) El ruido cascabelero de Arlequín—personaje principal en la farsa humana,—puede aún más, atrae aún más que las voces divinas de la razón y del amor.

Maño Yo no entiendo bien lo que dice usté; pero me paece que dice usté verdá.

Huésp. 1.º A mí también me parece eso.

Huésp. 2.º Y a mí. Eso es dejar abandonás a su madre y a su hermana...

Maño Pa mí, mi madre es lo primero de tóo.

Enrique Pues ya lo estáis viendo. No faltan hijos que por necia vanidad o por creer torpemente que el derecho y la justicia pueden salir de los choques abominables y sangrientos de una guerra, no vacilan en abandonarla, en hundir sobre el pecho de su madre todas las espinas del dolor, dejándola que se ahogue en todas las hieles de la angustia.

Maño Eso mismo.

Huésp. 1.º Eso hace Laureano.

Enrique Eso hacen muchos hijos, dejando a muchas madres sin consuelo.

ESCENA XII

DICHOS, LAUREANO

Laureano (*Entrando con una pequeña maleta, pendiente de la mano izquierda.*) ¡Ea, ya está todo listo! ¿Y mi madre?

Enrique Ahí dentro está. (*Laureano se dirige donde le indican y se para al oir a Enrique.*) ¡Oye, Laureano! ¡Reflexiona! Me da pena verte tan obcecado... Tu madre va a morir de dolor y vas a ser tú, su hijo, la causa de su muerte.

Maño Piense, piense usté en lo que hace, que la pobretica señá Lorenza...

Huésp. 1.º Sí, debe usté pensarlo; porque eso que usté hace...

Laureano ¿Otra vez? ¡Cuán pobres de espíritu sois! Yo no abandono a mi madre. Voy a defender a mi patria atropellada, voy a defender la libertad del mundo, vuestra propia libertad, que vosotros os dejaríais arrebatar sin protesta, cobardemente.

Enrique La libertad no se defiende con las armas homicidas de la guerra, útiles tan sólo para el exterminio, se defiende con las armas nobles de la razón, que enseñan a abominar de toda tiranía. ¡Libertad! Todos los egoísmos, todos los bastardos intereses se sirvieron de esa augusta palabra para encubrir y cohonestar siniestros fines. ¡Libertad! No impera sino el domino de la fuerza bruta. No cabe la libertad sino en la igualdad. Si hemos de obtenerla algún día, saldrá del amor, no del odio, podrá ofrecerla la justicia, jamás la guerra.

Laureano Elocuente estás; pero...

Enrique No te convenzo ¿verdad?

Laureano No. Ya sabes que no. (*La Sra. Lorenza e Isabel habrán entrado en escena momentos antes, puerta izquierda foro, retratada en sus caras la aflicción.*

ESCENA XIII

DICHOS, SRA. LORENZA e ISABEL

Enrique — Tampoco te convencen esa madre transida de pena, esa hermana...

Sra. Lore. — ¡Hijo mío!

Isabel — ¡Hermano mío! (*Van a abrazarle.*)

Sra. Lore. — ¡No nos abandones, hijo! ¡Ya ves cómo quedamos! ¡Hijo, hijo!

Laureano — ¡Bueno, basta, basta! ¡Déjenme, déjenme! (*Trata de desarcirse de ellas dulcemente.*)

Isabel — Laureano, piensa en nuestra madre, no seas mal hijo.

Laureano — ¡He dicho que basta! No quiero, no puedo volver atrás. ¿Quieres que aparezca como un cobarde ante los ojos de mis conciudadanos?

Enrique — ¡Qué cosas tan absurdas! Temes al «qué dirán» de los necios, de los vacíos de sentido, y no otorgas a tu propia conciencia la decisión de tus actos. Eres un autómata, un muñeco que se mueve a capricho de los demás.

Laureano — Es que mi conciencia...

Enrique — Tu conciencia no puede dictarte que obras bien.

Laureano — Es que la patria está en peligro, es que la libertad...

Enrique — ¿Otra vez la libertad? Si fuera empresa de libertad, yo iría contigo, yo sacrificaría, no una, cien vidas que tuviese, por esa santa causa; yo diría a esa madre: resígnese, sea fuerte como una espartana, que el amor, el mismo amor que usted siente por su hijo, extendido a todos los hijos de todas las madres, exige ese sacrificio inmenso; pero... ¡no es eso, no es eso! Tu vas a la guerra como uno de tantos. Ni siquiera sabes por qué vas. La causa real que desencadena la guerra no llega a tí, queda arriba, entre los iniciados, en las cancillerías, entre los que gobiernan al mundo, atentos tan sólo a los intereses que

representan. Claro que, para obtener tu concurso, han de dorar la píldora hablándote de derechos y de libertad, a fin de que tú, cándidamente, como mariposilla atraída por la luz de un ideal, te lances al torbellino para matar o morir, sin tener en cuenta ¡oh dolor! que el ideal deja de serlo en cuanto se mancha con sangre inocente y que el que mata o muere en lucha fratricida desciende de su condición de hombre para situarse en un plano inferior al de las propias fieras. (*Empieza a oirse el redoble lejano de un tambor, que irá acercándose.*)

Laureano — No te obstines, no insistas. Está tomada mi irrevocable decisión. Es por demás cuanto digas.

Sra. Lore. — Déjelo, déjelo, Enrique. Que haga lo que quiera.

ESCENA XIV

DICHOS, UN OFICIAL FRANCÉS

Oficial — (*Entrando en escena, pero quedando junto a la puerta del foro. Con voz fuerte.*) ¡Laureano Gómez! (*En la puerta del foro* (*dentro*) *se verá un pelotón de voluntarios formados y grupos de curiosos y de madres y niños que lloran la partida del ser querido.*)

Laureano — (*Muy decidido.*) ¡Presente!

Sra. Lore. — (*Llorosa.*) ¡Hijo mío!

Oficial — ¡Viva Francia!

Laureano — ¡Viva! (*Los del foro contestan el viva del oficial, pero no los personajes de escena, excepto Laureano.*)

Sra. Lore. — ¡Hijo de mi corazón!

Isabel — ¡Hermano mío, por nuestra madre, no nos dejes!

Laureano — (*Decidido.*) ¡El deber me obliga, la madre Francia me llama!

Isabel — ¿Y te olvidas de ésta, de esta madre?

Oficial — (*Desde el foro.*) ¡Ea, muchacho! Despídete e incorpórate a filas.

Laureano — (*Abrazando a su hermana.*) Adiós, hermana.

(*Besándola en la frente.*) Adiós, madre. (*Sale foro, con gran decisión y suena el tambor, que irá descendiendo a pianísimo, según se aleja.*)

Sra. Lore. (*Con desespero.*) ¡No, no! ¡Tú, no, hijo mío! ¡Tú no sales de mis brazos, me perteneces, eres mío, mi hijo! (*Cae desvanecida sobre una silla.*)

Isabel ¡Madre, madre! (*Sollozando.*) ¡Madre! (*Forman cuadro plástico, reuniéndose todos los personajes de escena junto a la señora Lorenza, que no vuelve en sí.*) ¡Madre mía!

Enrique ¡Pobre madre! (*Con indignacion.*) ¡Malditas guerras, malditos, por siempre, los que las desencadenan entre los hombres! (*Se oirá un ¡viva! lejano, los sollozos de Isabel y el pianísimo redoble del tambor, mientras cae el telón.*)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

El teatro representa una buhardilla en un barrio extremo de Barcelona. Puerta lateral izquierda, otra derecha, que estará abierta, suponiéndose en comunicación con otras habitaciones. Al foro y en el centro, un ventanal a la calle. Una mesa de pino cubierta con un tapete de percal rameado. Seis sillas de las llamadas de Vitoria, convenientemente repartidas; cuadros baratos, colgados de las paredes, un palanganero de hierro con una jofaina, en un ángulo del fondo izquierda y un armario muy modesto.

Al levantarse el telón, Enrique, acodado a la mesa, estará leyendo un periódico; su hermana Matilde, sentada en una sillita baja y con un canastillo delante, remendará ropa.

ESCENA PRIMERA

Enrique y Matilde

Enrique — ¡Esto es horroroso! (*Deja de leer y arroja el periódico sobre la mesa.*) ¡De qué sirven todas las teorías, todos los discursos y todos los esfuerzos de los hombres de buena voluntad!

Matilde — ¿Qué ocurre?

Enrique — ¡Casi nada! Diez mil bajas en una sola acción.

Matilde — ¡Jesús, qué barbaridad!

Enrique — Diez mil bajas, es decir, diez mil víctimas en unas cuantas horas; arrasado todo, demolido todo bajo la terrible tempestad de fuego y plomo que han inventado los hombres... para su propio castigo.

Matilde — ¿Y dónde ha sido esa matanza?

Enrique — Por la parte de Rusia, según nos cuenta el periódico.

Matilde — Pero ¿puede ser, tantos hombres muertos o heridos en tan poco tiempo?

Enrique — Lo malo puede ser todo, ¡todo!

Matilde — Pues entonces se matan allí como moscas.

Enrique — No, como moscas no; se matan científicamente, sosegadamente, como no sabe hacerlo ningún animal, o furiosamente, rabiosamente, como no debiera hacerlo ningún hombre.

Matilde — Las carnes me tiemblan pensando en eso.

Enrique — ¡Insensatez humana! (*Pausa.*) ¡Cómo se oprime el corazón, cómo se anuda la garganta meditando acerca de tan inmensa cantidad de dolor! Diez mil, cien mil, millones de madres, esposas e hijos vierten hace tiempo ríos de lágrimas, no menos caudalosos que los ríos de sangre por donde huyen, entre inconsolados estertores agónicos, tantas y tan preciosas vidas...

Matilde — (*Suspirando.*) ¡Ay, qué horror!

Enrique — La locura homicida ha desencadenado todas sus furias, para producir la más espantosa hecatombe que vieron jamás los siglos.

Matilde — ¿Y llegará aquí la guerra?

Enrique — Ya principiamos a estar sitiados por hambre, que es el peor enemigo.

Matilde — Es verdad. Todo se encarece escandalosamente. A este paso, pronto va a resultar imposible la vida para los que dependemos de un jornal.

Enrique — Que muchos ni siquiera podemos ganar.

Matilde — No te preocupes. Un pedazo de pan que haya en casa, lo partiremos contigo, mientras dure.

Enrique — Tener que comer el pan ajeno cuando se posee un buen oficio, unos brazos fuertes para el trabajo y deseos de trabajar... es algo a que yo no acierto a resignarme.

Matilde — En esta casa no comes el pan ajeno. No hables así, Enrique.

Enrique — No lo tomes en mal sentido, hermana. Yo sé que tanto Ramón como tú partís conmigo vuestra pobreza con la mejor voluntad; pero el hecho real es que yo tengo que vivir a vuestra costa. Expulsados de Francia... sin trabajo aquí...

¡Hasta el trabajo me niegan! ¡Es el acorralamiento, es...!

Matilde ¡Bueno, bueno! No hablemos más de eso. Y no pongas tan mala cara si por este solo motivo estabas disgustado.

Enrique ¡Son tantos los motivos que uno tiene para no disfrutar un momento de alegría!...

Matilde Ya suponía yo que no era por esto sólo. Tu buen corazón te hace sufrir por todo y por todos. ¡Bien se echa de ver en tu semblante! Llevas las muestras del sufrimiento retratadas en la cara.

Enrique No hagas caso.

Matilde ¿Que no haga caso? Pues ya que viene a cuento, te he de confesar que me tienes intranquila. Y haces mal en callarte. A tu hermana, que sabes te quiere de todo corazón, no debes ocultarle lo que te ocurre.

Enrique No sé a qué puedes referirte.

Matilde La otra noche oí desde mi cama que estabas dando vueltas en la tuya, suspirando, como si algo grave te preocupase, y desde esa noche, ¡para qué callarlo!, he observado que cada día repites lo mismo. ¿Por qué es eso, hermano? Dime la causa de tus tribulaciones, que aquí estoy yo para remediarlas, si remedio tienen, o para fortalecer tu espíritu, si remedio no hay a tu dolor.

Enrique Precisamente quería hablarte...

Matilde Pues para luego es tarde. Y descarga sobre mí el peso de tus inquietudes, que ya sabes que también yo sé sufrir.

Enrique ¡Qué buena eres! *(Pausa.)*

Matilde Soy toda oídos.

Enrique Mira, Matilde. Estando en Francia me enamoré de una joven, hija de la dueña de la casa donde me hospedaba. Nuestros amores llegaron hasta el extremo de... Entre hermanos todo se puede decir. Llegaron...

Matilde Sí, ya te entiendo.

Enrique Vivía la joven con su madre y con su hermano,

Su madre, según carta que tengo de Isabel—que así se llama ella,—ha muerto; su hermano, estando yo allí marchó a la guerra como voluntario. Como se ha quedado sola...

Matilde ¡Pobre muchacha!

Enrique Desamparada, sin familia, me anuncia en carta que viene. Cinco días hace que recibí su carta; pero la vergüenza de hablarte de estas cosas hacía que no me decidiese a romper el silencio. ¿No te parece, querida hermana, que tengo el deber sagrado de cumplir la palabra que le dí de hacerla mi compañera, máxime si se tiene en cuenta que en sus entrañas se agita, según me dice, el fruto de nuestros amores?

Matilde Sí, Enrique, sí. El deber de todo hombre honrado es ese. No creo que pudieras vivir tranquilo recordando que habías hecho desgraciada a una pobre mujer, cuyo delito fué amarte hasta entregarse a tí.

Enrique No esperaba menos de mi buena hermana. Una vez más puedo convencerme de lo grande, de lo generoso y de lo recto que es tu corazón.

Matilde ¿Y vendrá pronto?

Enrique No me indica la fecha de su partida, pero yo supongo que está ya en camino.

Matilde Ramón, que no quiere tener otra voluntad que la mía, estará conforme con lo que yo haga.

Enrique *(Con emoción.)* Gracias de toda mi alma. Ya estoy un poco más tranquilo. Y ¿con qué os pagaré yo vuestra bondad?

Matilde ¡Bah, tontuelo! Déjate de esas cosas. *(Pausa.)* ¿Se puede conocer... tu, tu... Supongo que tendrás su retrato.

Enrique *(Sacando de la cartera el retrato de Isabel.)* Toma; ahí lo tienes.

Matilde *(Fijándose en el retrato.)* ¡Pobrecita! Tiene cara de ser muy buena. *(Besa el retrato.)* Pero ¡qué rabia! *(Como asaltándole una idea y con mucha naturalidad.)* No nos entenderemos.

Enrique *(Sonriendo.)* Sí, tonta. Isabel habla el castellano como nosotros.

Matilde ¡Ah, sí! Pues me parece que vamos a ser muy buenas amigas y cuñadas. Porque tú te casarás en seguida, ¿verdad?

Enrique Tan pronto pueda. (*En este momento se oye sonar un timbre.*)

Matilde ¿Quién será? (*Levantándose y yendo hacia la puerta de la izquierda foro, pero dejando antes el retrato encima de la mesita. Medio mutis para salir otra vez en seguida. A Enrique, desde la puerta.*) Un señor que pregunta por tí.

Enrique Dile que pase. (*Sale Matilde y no vuelve a entrar.*)

ESCENA II

ENRIQUE y JULIO

Julio (*Entrando y alargando la mano a Enrique.*) ¡Hola!; eres caro de ver. Creí que habías desaparecido otra vez.

Enrique Por desgracia estoy todavía aquí. Siéntate. (*Se sientan.*)

Julio ¿Y por qué dices «por desgracia»?

Enrique Porque sólo de carga serviré pronto a esta buena hermana mía. Los recursos se van agotando.

Julio ¿No encuentras trabajo?

Enrique No, no encuentro trabajo, a pesar de haberlo buscado por todos los talleres.

Julio Sí que es raro, con las manos que tienes.

Enrique No es raro. Desde que, hace dos años, formé parte de la comisión de huelga y, como sabes, muchos de mis compañeros se consideraron traicionados porque aconsejaba prudencia, y todos los patronos me tildaron de perturbador porque aconsejaba resistir, unos y otros me vuelven la espalda y me juzgan su enemigo.

Julio ¿Por qué no hablas, por qué no te justificas?

Enrique Porque cuando mi conciencia me dice que he

cumplido con mi deber, no acostumbro a mendigar perdones de quien creo no he ofendido.

Julio — Es que, a veces, conviene no ser así.

Enrique — Convenga o no, tengo la soberbia de mi dignidad, o, si te parece mejor, la entereza de no rebajarme a quien me insulta, juzgándome tan indigno.

Julio — Chico... no irás a ningún lado con esos puntos.

Enrique — ¿Y tú me dices eso?

Julio — Sí. Es preciso vivir, y vivir como se pueda. Yo, amigo, no soy ya tan escrupuloso.

Enrique — ¿Qué oigo? (*Frunciendo el ceño.*)

Julio — Las necesidades, las constantes persecuciones de que fuí objeto mientras figuré en el grupo Redención, la cárcel abierta a cada paso, me convencieron, al fin, de que en este mundo canalla, más pierde aquel que más pone.

Enrique — Todo debe sacrificarse a la noble causa que defendemos. El sacrificio es un deber, en ciertos casos.

Julio — Mi mujer, como tu hermana, se ha empeñado en que no pase un solo año sin darme un nuevo hijo. Desde que me casé hasta la fecha hemos sumado doce arrapiezos al conjunto social, de los cuales la mitad murieron, más de hambre que de enfermedades. Seis me quedan, con más dientes que una sierra. Como aquí no existe subvención del Estado para los matrimonios prolíficos, el buscar el pan para tapar tantas bocas resulta un problema difícil. ¡Y voy a serte claro!: Me dejé de líos y acepté una colocación, donde el jornal es seguro. Soy encargado de un taller y tengo además una pequeña ayuda, por no meterme en zarandajas.

Enrique — No sigas más; no hace falta. (*Con cierta estupefacción.*) ¿Has descendido a confidente?

Julio — No, hombre, no; confidente, no.

Enrique — Pues entonces, qué.

Julio — Nada de confidente. Mis deberes se reducen a los de amigable componedor, a aconsejar calma y prudencia cuando, por las diferencias entre el

capital y el trabajo, surgen conatos de huelga.

Enrique (*Con sonrisa amarga.*) Vamos; eres un auxiliar de la burguesía.

Julio Creo que interpretas mal mi papel. Soy un auxiliar de la paz.

Enrique Sí; de la paz de los satisfechos y del hambre de los miserables. ¿Cómo ese cambio tan radical?

Julio Mira, chico. He sido tan víctima en la lucha, que no me siento con fuerzas para continuar en ella.

Enrique Vamos; eres un rendido a discreción, voluntariamente; un tránsfuga que se acomoda a lo que más le conviene. *(Movimiento de contrariedad en Julio.)* En el ejército, te fusilarían; en el ejército de los «*sin pan*», te respetan aún. ¿No te remuerde la conciencia?

Julio *(Conteniendo su enojo, pero dejándolo apreciar.)* No. Como no había de resolver el problema social, juzgo que el sacrificio sería inútil.

Enrique ¿Inútil?

Julio Sí, inútil. Además, si yo, en cuanto a mí respecta, tengo perfecto derecho a sacrificarme, no lo tengo asimismo cuando se trata de mis hijos. Bastan con seis que rendí ya.

Enrique ¿Pretendes hacer burgueses a los que te quedan?

Julio No aspiro a tanto. Pretendo criarlos tan sólo. Obrero soy yo; que lo sean ellos...

Enrique En tal caso dí que no te sientes con fuerzas para sacrificarte a tus hijos, desde el momento que no te importa que ellos encuentren las cosas como están, para que, a su vez, sean también víctimas cuando les llegue el turno.

Julio Eres especial, eres raro en tus juicios.

Enrique Soy la consecuencia, soy la lógica, según la entiendo yo, bastante diferente de la que practicas tú.

Julio Ya tendrás tiempo de filosofar.,. y quizá cambies de ideas.

Enrique ¡Jamás! Para mí, las ideas no son como las camisas, que se arrojan a un rincón tan luego se han ensuciado. Cambiar de ideas... ¡Jamás!

Julio Si es así nada tengo que decirte. De traidor te

tildaron cuando la huelga... y tuviste que marchar a Francia.

Enrique Y bien; qué.

Julio Que no merecías tú eso y que de desagradecidos está el mundo lleno.

Enrique Si no hubieran sido tan engañados, si no abundaran tanto los charlatanes que se encumbran vendiéndolos, no tendrían por qué desconfiar de los compañeros que luchamos de buena fe. ¡No tienen ellos la culpa, no!

Julio Eso de venderlos no lo dirás por mí, puesto que yo hago cuanto puedo en su beneficio, dentro de mis atribuciones de encargado.

Enrique Los deberes de tu nuevo cargo te acercan demasiado al patrono, para que puedas hacer por los obreros, compañeros tuyos hace poco.

Julio Y ahora también son compañeros.

Enrique Ahora, no; ahora son tus vigilados, los que recelan tu presencia, los que casi la temen. ¡Ya ves si pueden ser tus compañeros!

Matilde *(Llamando desde la puerta.)* Enrique. *(A Julio.)* Perdone usted. *(A Enrique.)* Un amigo tuyo desea verte.

Enrique ¿Quién es?

Matilde No lo sé; dice que es tu amigo.

Enrique ¡Ah, sí! Voy (*A Julio.*) Perdona un momento. (*Sale por la lateral izquierda.*)

ESCENA III

JULIO; luego ENRIQUE

Julio (*Monologando.*) Me has hecho tragar mucha saliva, pero te aseguro que llevarás tu merecido. En son de paz venía a ofrecerte el pan y el bienestar. ¿No lo quieres? Peor para tí. (*Pausa.*) Yo no podré lucirme prestando un buen servicio; pero lo que es tú (*Con sorna*) vas a lucirte. (*Pausa.*) Estos apóstoles, estos redentores piden a voces que se les crucifique. Son intemperantes,

son locos que tienen la manía de hacer cuerdos a los demás. Yo también fuí así, mientras los hombres me parecieron dignos de algo más que del desprecio. (*Pausa.*) Ya te desengañarás. (*Se levanta y pasea por la habitación.*) ¡Ya te desengañarás! (*Ve una fotografía sobre la mesa y la coge y la mira.*) ¡Excelente mujer!... ¡Qué hermosa es!... ¿Será...? ¡Nada, nada! Indudablemente el vino y las mujeres son las dos ruedas que hay que acoplar al carro de la vida. ¿Ideales? ¿Moralidad? Para los imbéciles que sólo viven de sueños, cuyo despertar suele trocarse en pesadillas. (*Oye a Enrique que se acerca y deja el retrato sobre la mesa. Entra Enrique después de un instante y va hacia él, alargándole la mano.*) Bueno, chico, yo me voy, que es ya tarde. A pesar de todo, siempre tu amigo. Si puedo servirte, ya lo sabes; no tienes mas que mandar. Y hay que ser más práctico, créeme. (*Enrique se sonríe.*) Ya volveré por aquí. (*Salen ambos hablando.*)

ESCENA IV

MATILDE, dos niños suyos, de pocos años, por la izquierda, y luego ENRIQUE, lateral derecha

(*Entra Matilde y arregla las sillas, dando una ojeada por la habitación. Luego penetran los dos chicos, uno montado sobre una escoba. Luego Enrique.*)

Matilde (*Al verles entrar.*) ¡Chicos, a jugar! (*Fijándose en uno de ellos.*) ¡Jesús; ya lleva roto el delantal, y hace poco que se lo he puesto cosido y limpio! (*Fijándose en el otro.*) Y tú, cara sucia, ¿por dónde te has revolcado? Pareces un carbonero. ¡Ya puedo yo limpiar, ya! (*Dirigiéndose a Enrique.*) Cada día, cuando van a la escuela, los pongo curiosos; cuando vuelven, la mayor parte de las veces no se sabe de qué color es la ropa.

Si tuviera aquí los otros dos, no sé cómo iba a verme. Para jabón no se gana. ¡Hala, hijos, hala, a jugar al patio!; pero sin salir a la calle. ¿Lo oyes, tú? (*Al mayorcito.*) Sin salir a la calle, ¿eh? (*El chico asiente con la cabeza y salen los dos, lateral derecha. Enrique los contempla con delectación.*)

Enrique Mucho trabajo dan los hijos; pero son alegría, luz, bullicio, revoloteo de mariposas haciendo pensar en las flores, vida del corazón para los padres, encanto para todos, inocencia entre odios, sol entre sombras.

Matilde ¡Ya, ya verás, si alguna vez los tienes! También son rabietas y contratiempos y disgustos y una porción de cosas más.

Enrique Lo que importa es que haya ratos de sol en el alma, que la dulce mirada del padre se anegue en la mirada candorosa del hijo y nazca de allí la pureza, lo grande, la emoción sublime del cariño desinteresado y santo.

Matilde Cómo te entusiasmas.

Un hijo (*Dentro. Simulará que sube por la escalera.*) ¡Mamá, mamá, mamá!

Matilde ¿Qué querrá ese diablillo? (*Sale a ver lo que ocurre e inmediatamente dialoga con una voz femenina.*)

Enrique (*Pone gran atención un momento, como queriendo conocer la voz, y se levanta de pronto.*) ¡Si es ella! (*Va lateral derecha y se topa con Isabel en el umbral de la puerta, donde la abraza, exclamando.*) ¡Isabel!

ESCENA V

DICHOS, ISABEL y los dos NIÑOS

Enrique (*Entrando.*) Pasa, pasa. Siéntate. Dame esos paquetes. (*Se los coge de la mano.*) ¿Vienes muy cansada? (*Todo esto dicho con algún apresuramiento, demostrando emoción y solicitud.*)

Isabel (*Mostrará profunda emoción, ese instante psicológico en que poseen la alegría y la tristeza.*) No, no, no vengo cansada. El viaje ha sido bueno.

Enrique Perdona que no haya sabido abstenerme de abrazarte. La sorpresa y la emoción han tenido la culpa. ¡Isabel, Isabel mía! ¡Pobrecilla!

Isabel ¡Cuánta necesidad tenía de llegar aquí, de verte!

Enrique Aunque ya os conocíais, sin haberos visto, os voy a presentar. (*Señalando con la mano a cada una de ellas.*) Matilde, mi hermana; Isabel, mi prometida.

Isabel Tanto gusto. Enrique ya me había hablado distintas veces de una hermana suya muy bondadosa. La quiere a usted mucho.

Matilde Crea usted que Enrique es demasiado benévolo conmigo. Pero, quítese usted el abrigo; está usted en su casa. Póngase usted cómoda; con toda confianza.

Isabel Muchas gracias. (*Levantándose.*) Sí; voy a despojarme del abrigo. ¿Me esperabas tan pronto?

Enrique No; aunque hace un momento estaba previniendo a Matilde de tu viaje.

Isabel Desde que murió mi madre. ¡Pobre madre mía! (*Llévase el pañuelo a los ojos.*)

Enrique Vamos, Isabel, resignación, resignación.

Matilde No llore usted, Isabel; no se aflija usted; es necesario resignarse.

Isabel (*Con abatimiento y voz entrecortada por sollozos.*) Desde que murió mi madre, se me hacía insoportable la estancia allá. Sola, sin consuelo de persona allegada, sin saber de Laureano, a quien también supongo muerto, no pensaba sino en huir. Me hubiera ahogado la pena, si continúo unos días más en casa. ¡Es tan triste llorar siempre, junto al lecho donde expiró la madre y sin más compañía que los recuerdos y las paredes!

Enrique ¡Pobrecilla!

Matilde ¡Pobrecilla! Aquí la consolaremos. ¿Verdad, Enrique? (*A los niños.*) Es una tía vuestra. ¿La querréis mucho?

Los niños Sí, sí.

Isabel ¡Qué lindos son! Venid, dadme un beso. (*Se acercan los niños y los besa.*) (*A Matilde.*) ¡Y qué buena es usted!

Matilde Muchas gracias.

Enrique Sí, Isabel, sí; es buena, buena como ninguna. Tú también, tú también eres buena. Verás cómo os querréis mucho, mejor dicho, cómo nos querremos todos, ¡todos!

Isabel ¡Cuánto bien me hace esto! ¡Gracias con toda mi alma! (*Vuelve a llevarse el pañuelo a los ojos.*) (*Los niños, atendiendo a que su condición de tales les lleva a no estar mucho rato quietos, saldrán de escena, según criterio del Director.*)

ESCENA VI

DICHOS y RAMÓN

Matilde (*Queda atenta como escuchando.*) Ramón está ahí. (*No se oirá llamada alguna.*) Voy a abrir. (*Sale y tarda en volver el tiempo que Enrique e Isabel emplean en su diálogo, hasta la escena siguiente.*)

Enrique Has cumplido como una buena hija. Cerraste los ojos a tu madre, la asististe en sus últimos momentos, endulzando su agonía, y esto te ha de servir de lenitivo para templar la pena de su pérdida. Si la hubieses abandonado cuando mi partida, ni tú podrías perdonarte la ingratitud, ni yo la ligereza de haberla consentido.

Isabel Tienes razón, Enrique, tienes razón. Yo no debo hacer sino obedecerte y amarte cada día más. Eres mi providencia, eres mi guía. (*Con amor.*)

Enrique Soy quien te ama, quien tiene el deber de hacerte su esposa, quien tomó tu cuerpo en un momento de pasión y te dió su alma por imperio del cariño. El lazo sagrado, indisoluble, late en tus entrañas. Tu orfandad lo aprieta aún más.

Isabel ¡Qué generoso, qué grande eres! (*Con emoción sublime.*)

Enrique No, Isabel, no. Soy simplemente un hombre que respeta su deber, un hombre que ama porque ha sufrido, que quizá piense rectamente porque ama. Tu maternidad me obliga, tu abandono se confía a mí. ¿Puede existir lazo más firme, motivos más santos para abrir los brazos?

Isabel No se equivocaba. ¡Pobre madre mía! En sus postreros instantes, cuando el sudor frío invadía su frente, pensando, acaso, en que me dejaba huérfana y sola, habló de tí como de una esperanza, lamentando que estuvieras en España. Yo besaba su mano, su mano fría ya, que parecía revivir al calor de mis lágrimas, y, arrancándola de mis labios, la puso sobre mi cabeza, como bendiciendo... Estoy por asegurar que de haberte encontrado presente, te hubiera encargado velaras por su hija.

Enrique (*Con intensa emoción.*) Cumpliré, Isabel, cumpliré sagradamente aquella su última voluntad.

Isabel (*Con cariño y emoción. Llora.*) ¡Enrique mío!

Enrique Serénate, Isabel, serénate; que vienen los hermanos. (*Isabel se enjuga las lágrimas.*)

ESCENA VII

DICHOS, MATILDE y RAMÓN

Ramón (*Entrando y alargando la mano a Isabel.*) ¿Qué tal? ¿Cómo está usted?

Isabel Bien, ¿y usted?

Ramón Bien, bien. (*A Matilde.*) Ya has hecho la cena pa tóos.

Matilde Se está haciendo y pronto podremos cenar.

Ramón (*A Enrique.*) ¡Bien, muy bien! Así l' hacen los hombres. Ya m' ha dicho algo Matilde ahí fuera.

Enrique Gracias, Ramón.

Ramón (*A Isabel.*) Y usté, hágase cuenta que está en su casa; lo mismo; porque su casa es esta.

Isabel — Muchas gracias.

Ramón — (*A Isabel.*) Enrique es mu bueno. Como su hermana, que es un peazo de pan. Yo, trebajo como un negro; pero en cuanto llego a casa, soy más feliz que tóos los ricos.

Matilde — (*A Isabel.*) Sí, tiene razón. Si viera usted qué contento está siempre... Ni un disgusto hemos tenido en todo el tiempo que llevamos de casados.

Isabel — ¡Qué dicha!

Ramón — Los chicos y Matilde me llenan el corazón; vamos, me da una cosa al velos, que no la cambiaría por ná. Es mu bueno quererse, y contárselo tó, y vivir así, en paz y amor.

Enrique — (*A Isabel. Con emoción.*) ¿Qué te parece de mi familia?

Isabel — (*Con ternura.*) Buena, muy buena; como tú.

Enrique — (*Con amor.*) Y como tú.

Ramón — No hay pa tanto. Familia semos... y uníos hemos d' estar.

Enrique — ¡Sí, unidos! ¡Unirse a los buenos es la dicha suprema, es vivir en el cielo, sólo hecho de amor y paz. Deja que te abrace, hermano. (*Se abrazan.*)

Matilde — Pues yo no quiero ser menos. (*Con ternura.*) Dame un abrazo, hermana. (*Se abrazan Isabel y Matilde.*)

Enrique — ¡Qué hermoso, qué hermoso es amar!

TELÓN

CUADRO II

Un decente bar. Tras del mostrador, botellas en la estantería; frente al mismo, unas mesitas redondas, de mármol, y taburetes convenientemente repartidos. Al fondo, puerta de entrada; a la derecha, dos, una que se supone en comunicación con las habitaciones interiores y otra con la escalera de la casa. Al levantarse el telón aparecerá el mozo arreglando la vasería.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE, LAUREANO, MOZO y concurrentes

Laureano (*Entrando.*) No puedo aún valerme de esta pierna. Cuando ando un rato, noto en ella tal pesadez, que me es difícil arrastrarla. Y lo peor es que si me siento, vienen después los apuros para levantarme. (*Cojea notablemente de la pierna izquierda y aparece demacrado en relación de como lo hemos visto en el primer acto. Se apoya en un bastón. Viste de luto.*)

Enrique Eso se pasará. Eres joven; poco a poco irás cobrando fuerzas. (*Se sientan junto a una mesita.*)

Laureano Buena falta me hace. De lo contrario, aún no cumplidos los treinta años, hago competencia a los viejos, pidiendo al bastón apoyo para mi cuerpo.

Enrique (*Al mozo del bar.*) Dos vermohuts con aceitunas. (*A Laureano.*) A ver si el vermohut te abre el apetito.

Laureano Lo dudo.

Enrique Pues hay que animarse. (*El camarero sirve las consumaciones. Durante esta escena y siguientes, desarrolladas en el bar, se deja al criterio del Director de escena la entrada y salida de parroquianos, para lograr el aspecto y verosimilitud de establecimiento público.*)

Laureano De poco sirve el animarse cuando el cuerpo no responde. Ya no soy más que una ruina, un desecho.

Enrique ¡Vamos, hombre, no tanto! La juventud lo vence todo.

Laureano Aventada la familia, destrozado yo, pocos estímulos me quedan ya para la vida.

Enrique Formaremos otra familia. Mi afecto de hermano no te ha de faltar; el de Isabel, para qué decirlo; el de mis hermanos, que, como habrás visto, son todo bondad, tampoco. Y la familia se constituye donde se agrupan los afectos.

Laureano No, Enrique, no. Yo, como te decía al venir, no puedo pasar por lo que tú quieres. Isabel no puede continuar como está, sin desdoro para ella y deshonra para mí.

Enrique Tu hermana, al morir tu madre y quedarse sola, como no sabía de tí, ni aunque hubiera sabido, podía ir a tu lado, pensando, sin duda, que el único apoyo que le restaba era yo, me hizo el honor de considerarme bastante hombre para confiarse a mí, que soy su prometido.

Laureano Si está como supongo, ¿qué había de hacer? Porque de otro modo, no veo los motivos que pudieran inducirla a confiarse a tí, ya que en vida de mi madre y llamándote mi amigo abusaste de su flaqueza.

Enrique Todos los hombres, amigo Laureano, hemos tenido debilidades. Ligado me considero a Isabel por un lazo indisoluble: el del amor que nos une, que, para tu satisfacción, yo legitimaré ante el juez, tan luego me sea posible.

Laureano La deshonra pesa sobre ella y sobre mí. Y ¡quién sabe si ésta fué la causa de la muerte de mi madre!

Enrique (*Amargamente.*) No, Laureano; la causa de la muerte de aquella buena mujer fué otra bien distinta. Conoces, desde tiempo, mi manera de ser, y estás, sin embargo, un poco injusto conmigo. Quizás la culpa de todo radica en tí.

Laureano (*Con sorpresa.*) ¿En mí?

Enrique Sí; en tí.

Laureano Si no hubieras abusado de la confianza, no hubiera tenido mi hermana que huir para ocultar su deshonra.

Enrique Ni tú ni tu madre veíais con malos ojos mis relaciones con Isabel; y hay que reconocer, amigo Laureano, que es algo imprudente dejar la brasa junto a la pólvora.

Laureano ¡Valiente teoría!

Enrique La que se desprende de la naturaleza humana, que se llama débil porque lo es.

Laureano Bien te defiendes.

Enrique No apelo sino a razones. Tu propia madre, en sus últimos momentos, creyendo que te habían muerto, porqne estaba dos meses sin noticias tuyas, lamentó mi ausencia al pensar en el abandono en que tu hermana quedaba. Ya lo has oído de labios de Isabel.

Laureano De saber tu traición, de seguro hubiera pensado en tí para execrarte.

Enrique De saber mis nobles intenciones, de seguro hubiera pensado en mí para confiarme a su hija, tras perdonar nuestra falta.

ESCENA II

DICHOS y JULIO

Julio (*Entrando.*) ¡Hola! Enrique. (*Le da la mano y saluda con una ligera inclinación de cabeza a Laureano.*) Si no molesto os acompañaré, a condición de que me permitáis invitaros.

Enrique Muchas gracias; toma lo que quieras.

Julio Tomaré un vermohut, con la condición impuesta. (*Al camarero.*) Un vermohut. (*A Enrique.*) ¿Y qué, qué es de tu vida?

Enrique Ya ves.

Julio Quizá he venido a interrumpir.

Enrique No, hombre; nada de eso. (*Laureano saca tabaco e invita a fumar a Enrique y a Julio.*)

Julio — Tabaco francés. (*A Laureano.*) ¿Es usted de allá?

Laureano — Sí, señor.

Julio — (*A Enrique.*) ¿Es, acaso, pariente de la señorita Isabel?

Enrique — Es su hermano.

Julio — Lo celebro. (*A Enrique.*) Hoy quería haber ido por tu casa. Como estamos en huelga, pensaba haberte visitado después de comer.

Enrique — Cuando quieras.

Julio — ¿Y qué te parece de esta huelga?

Enrique — Que, como todas las que tienen por objeto el mejoramiento de las condiciones del trabajo, es justa, es el cumplimiento de un deber, por parte de los proletarios.

Julio — Sí; pero como las peticiones de los obreros son excesivas, me parece que ha de fracasar.

Enrique — ¿Excesivas? Sin duda has echado en olvido que tus hijos morían de hambre cuando manejabas la lima y el martillo.

Julio — Entonces eran más reducidos los jornales.

Enrique — Aunque hubieran sido como ahora, no por eso habrías logrado satisfacer decentemente las necesidades de tu casa.

Laureano — Aquí, en España, los jornales son muy cortos.

Julio — Sí; pero ya se puede vivir.

Laureano — En Francia trabajábamos juntos Enrique y yo, y él ganaba doce francos y yo nueve.

Julio — Amigos..., así ya se puede tirar de lima y vivir como un marqués. Pero es que en Francia hay mejores negocios; los amos ganan más dinero también.

Enrique — Ganan más dinero porque trabajan más, o quizá porque quieren ganar menos.

Julio — También, también trabajan los patronos de aquí. Vieras al amo de mi taller... Más que ninguno de los operarios trabaja. Y no se hace rico.

Enrique — Ya se hará, ya se hará, si el diablo le da tiempo y los brazos productores la supervalía, de que nos habla Marx.

Julio — Apuradito anda, a veces, por querer pagar religiosamente.

Enrique — Desempeñas de manera admirable tu papel de encargado; pero ten en cuenta que no somos esquirols.

Julio — Algo mejor podría ofrecerte yo, si vinieras a razones.

Enrique — Muchas gracias; mas no acepto. (*Mirando hacia la puerta de entrada.*) Mira, mira cómo pasan por ahí los metalúrgicos.

Julio — Deben venir del mitin.

Enrique — Al que han ido porque los amos, entre los cuales se cuenta el tuyo, quieren rebajar los salarios, mermarles el escaso trozo de pan.

Laureano — Va siendo hora de comer.

Enrique — Ya bajarán a llamarnos. Y ahora que recuerdo; perdonadme un momento. (*Se levanta.*) Tengo que ir a una reunión aquí cerca. (*A Laureano.*) Si no vengo pronto dí en casa que no me aguarden. (*A Julio.*) Veremos cómo queda esta huelga. (*Se llega al mostrador, paga y sale.*)

ESCENA III

Laureano, Julio, mozo y cuatro parroquianos que entran y salen, durante la escena, en parejas o solos, a tomar alguna consumación

Julio — ¡Lástima de muchacho! ¡Tan buenas manos que tiene! Por su manera de proceder será siempre un perseguido, un errante de la vida. ¿No le parece?

Laureano — (*Con indiferencia.*) No sé.

Julio — Yo lo siento porque hemos sido siempre muy buenos amigos. No sabe vivir. Compadezco a los que estén a su lado. Serán muy víctimas.

Laureano — (*Interesándose por lo que dice.*) ¿Lo cree usted así?

Julio — ¡Claro que lo creo! Su porvenir, aquí en España, es andar de cárcel en cárcel, si no deja sus propagandas societarias, y de miseria en miseria si no deja sus orgullos mal entendidos. Ya ve usted

si, con esto en perspectiva, puede hacer felices a los que tenga en derredor.

Laureano — No, no debo consentírselo; no lo consentiré.

Julio — ¿Cree usted que puede evitarlo? Sería un gra bien para él.

Laureano — Sí; puedo evitar que mi hermana sea víctima. Le contaré todo esto, y si no quiere de grado, por la fuerza he de arrancarla de sus uñas.

Julio — Yo siento tener que aconsejarle así, pero como hermano de Isabel, tiene usted el sagrado deber de apartarla de cualquier hombre que pueda hacerla infeliz. Y no es que Enrique sea un mal muchacho; mas, para perderse, no deben buscarse tan inocentes compañías.

Laureano — Yo la persuadiré, y me hará caso.

Julio — Hará usted muy bien. (*Aparte.*) Ya mordió el cebo. ¡Qué hermosa mujer en perspectiva! Desde que ví su retrato, me tiene loco.

Laureano — Lo que siento es no servir para nada. Conozco bien el oficio de mecánico..., pero como no trabaje sentado. A mi hermana no puedo ofrecerle... Si usted pudiera proporcionarme colocación...

Julio — (*Aparte.*) Como sobre carriles. (*Pausa.*) Quizá pueda arreglarse todo. Se me ha ocurrido un proyecto. Verá usted. Se lo expondré.

Laureano — Diga, diga usted.

Julio — La dueña del taller me dijo el otro día que necesitaba una joven así... como de ama de llaves. Tiene una niña que aprende el francés, y, si Isabel quisiera, no me cabe duda que podría colocarse en seguida y ser una especie de maestra para la niña y una señorita de compañía para la madre.

Laureano — ¡Bien, muy bien! Excelente solución.

Julio — Conseguida la entrada de Isabel en la casa y en tan favorables condiciones, con la influencia de su hermana y el apoyo mío, no habría de faltar a usted una colocación de encargado de un turno, teniendo en cuenta que, por la huelga actual, creo no volverán a admitir a los dos que desempeñaban esos cargos.

Laureano Le estimaría mucho, ¡mucho!, que me hiciera ese favor.

Julio A su hermana puede usted irla convenciendo poco a poco; pero, por prudencia, no le hable usted de mí. Las mujeres, aunque sean tan discretas como parece Isabel, no saben callarse nada; y si Enrique conociera nuestros proyectos antes de realizarlos, tal vez nos lo echase todo a rodar.

Laureano Se trata de mi hermana, y ésta me debe a mí más respeto y más atención que a Enrique.

Julio Tenga en cuenta que, por lo que parece, está enamorada de él, y que al amor lo pintan con los ojos vendados.

Laureano Se arranca la venda.

Julio No es del todo fácil. Lo primero que debe usted hacer, en mi concepto, es convencerla de lo mal que tiene que pasarlo al lado de un hombre así. Además de esto, hágale ver lo poco que la favorece ser la compañera o... la querida de un rebelde, echado, por tal, de todas partes.

Laureano Sí, sí; la convenceré. No hay que hablar más. Ya iremos viéndonos para cambiar impresiones.

Julio Ya sabe que mi interés por usted y por su pobre hermana es bien sincero. (*Levantándose y dándole la mano.*) Me da lástima, mucha lástima la situación por que ustedes atraviesan. Isabel es muy buena, y usted... un... bravo que ha dado su sangre por la patria.

Laureano Y la daría otra vez, si sirviera para coger el fusil. *(Con energía.)*

Julio ¡Qué caray! Ya veremos si pueden estar ustedes como merecen. Por mí no ha de quedar.

Laureano Muchas gracias, muchas gracias.

Julio Véngase de cuando en cuando por mi casa.

Laureano Iré, iré.

Julio Adiós. *(Sale puerta foro.)*

Laureano Adiós. Yo también me subo a casa. No quiero aguardar a ése. (*Sale lateral derecha, cojeando fuertemente de la pierna izquierda.*)

ESCENA IV

Mozo de bar

Mozo — ¡Hay cá lío!... Este tipo está trasteando al otro por su hermana. La verdá que es una buena hembra, ¡pero muy buena! ¡Qué ojazos, qué cuerpo! Ca vez que la veo me entra no sé qué. Con una mujer así y un establecimiento como éste, no me cambiaba yo ni por el mismo rey de España. Pero, Juan, Juan... límpiate, que estás de huevo. ¡Qué desgraciao es uno! (*Queda en su sitio, callando al ver entrar los parroquianos.*)

ESCENA V

Enrique, Maño, Ramón y Obreros 1.° y 2.° entran en el bar

Maño — (*Sonriente.*) No pué usté fegurase la alegría que he tenío al encontrámelo.

Enrique — ¿Y cómo ha sido eso, usted por aquí? (*Se sientan en derredor de una mesita, izquierda.*)

Maño — Pues... míe usté. Cuando vinimos d' allá, me fuí al pueblo; pero como allí no hay denguna clase de trebajo, arreé pa Barcelona. A ver si en el carbón se ganan algunas perras.

Enrique — Está todo muy mal, Maño.

Maño — Un amigo mío del lugar, trebajó l' año pasao en el muelle, y buenos dinericos que juntó. Las perras hay que buscarlas ande están. (*Pausa y expresión de contento.*) ¡Mía que ha sío casualidá el encontrarnos! Por más que yo, dende que vine a Barcelona, iba mirando pa toas partes pa ver si lo veía. Un brinco m' ha dao el corazón cuando le he visto.

Enrique — También yo me he alegrado, Maño. ¿Qué vas a tomar, para celebrar el encuentro?

Maño Yo una copica d' anís.
Enrique ¿Y vosotros?
Ramón Yo lo mismo.
Obrero 1.º Yo no quiero nada; no tengo sed.
Obrero 2.º Ni yo.
Enrique Yo he tomado antes vermohut.
Maño (*A Enrique.*) Usté ha de beber. ¡No faltaba más! Yo lo pago tóo; beba usté lo que quiera, yo lo pago tóo.
Enrique Bueno, hombre, beberé. (*Al camarero.*) Dos copas de anís y dos horchatas. (*Oportunamente las sirve el camarero.*)
Maño Oiga usté, Enrique. ¿Y la señá Lorenza, y Laureano, y la señorica Isabel y Aurora?
Enrique La señora Lorenza murió hace poco; Laureano, hace un rato estaba aquí conmigo, Isabel está también aquí, en casa de mis hermanos. Aurora se vino a España cuando nos desbandamos todos.
Maño ¡Pobretica señá Lorenza! Ya lo icía yo que s' iba a morir. Los desgustos y las necesiaes l' habrán matao.
Enrique Efectivamente.
Maño Y Laureano, ¿cómo ha venío? ¿Ya s' acabao la guerra? La señorica Isabel... no se m' hace estraño; que ya se comprende que le quería a usté mucho.
Enrique Isabel será pronto mi esposa; Laureano, herido en una pierna, lo dieron por inútil, y como en su casa no encontró a nadie, se vino aquí.
Maño Eso ha salío ganando. ¡Que vaya, que vaya! Castigo de Dios ha sío, por dejar sola a su madre. ¿Y se casa usté con Isabel?
Enrique Sí.
Maño Mu bien pensao. Me paece que han de ser ustés mu felices.
Enrique Así lo espero.
Obrero 1.º (*A Enrique.*) Hay que pasar aviso de los acuerdos tomados, y es necesario que nos repartamos el trabajo, para terminar pronto; que la gente estará aguardando a ver lo que se hace.

Obrero 2.° (*Mirando hacia fuera y hablando con disimulo.*) Creo que nos está vigilando la policía. Aquel tipo que pasa por la acera parece de la secreta.

Obrero 1.° (*Mirando con disimulo hacia el exterior.*) Sí, es de la Ronda especial. (*Pausa.*) Siempre que hay huelgas ocurre lo propio. No pierden la costumbre. Nos dan escolta como a las personas principales.

Obrero 2.° Pero como nosotros no la necesitamos ni la queremos, ya sabéis el procedimiento. ¿Estamos de acuerdo?

Enrique Sí. Ahora, a comer. Yo salgo por la puerta excusada y me subo a casa; vosotros a la vuestra. Luego, al café, procurando escoger uno que tenga puertas a dos calles. Se entra por la una, se sale por la otra con disimulo, y el hombre se queda haciendo plantón, mientras cada cual da aviso de lo acordado.

Obrero 1.° Eso mismo.

Obrero 2.° ¡Contra la fuerza, la astucia!

Ramón Hasta yo me voy volviendo como vosotros. Pide uno más jornal, porque no pué vivir, y siempre dicen que no. Viene la huelga, y ni tiés pan en casa, ni pués pagar a naide. Si la huelga se gana, te queas entrampao; si se pierde, t' echan a la calle y se ríen de tí. Pa estar siempre de esta manera, más valdría hacer d' una vez lo que s' hubiera de hacer.

Enrique Todavía andaremos así mucho tiempo.

Maño Más vale trebajar; porque siempre salimos perdiendo... Me paece a mí que la huelga no es buena pa denguno. Es como la guerra, que, como ice Enrique, tampoco es buena pa naide. Tóos salen perdiendo.

Enrique No, Maño, no. Con la huelga exigimos lo necesario para vivir; con la guerra no se hace sino matar, aniquilarlo todo, destruirlo todo, haciendas, arte, trabajo, vidas, ideales humanos, todo cuanto bueno existe. El hombre, en el fragor del combate guerrero, es un salvaje a quien la ciencia permite manejar el explosivo en contra de

sus semejantes; y el hombre en la lucha por el pan, sólo ejercita un derecho que arranca de su existencia; en la lucha por la justicia, cumple un deber al que le obliga su dignidad.

Obrero 1.º ¡Muy bien!

Maño Eso me paece a mí. Pero como uno no sabe...

Obrero 2.º (*A Enrique. Sigilosamente.*) Mira, mira. (*Miran hacia fuera.*) Se han juntado tres.

Enrique Me parece que debemos marcharnos en seguida, (*Se levantan todos para salir y el Maño se acerca al mostrador y paga las consumaciones.*)

ESCENA VI

DICHOS, UN INSPECTOR y dos individuos de la policía secreta

Inspector (*Entrando.*) Quedan ustedes detenidos.

Maño (*Con extrañeza.*) ¿Yo también?

Inspector Todos; los cinco.

Maño ¿Se pué saber por qué?

Inspector No acostumbro a dar explicaciones.

Enrique (*Al Maño.*) Ya se lo diré yo. Porque está en nuestra compañía. (*Al inspector, por Ramón y el Maño.*) Ni a ese señor ni a ese otro tiene usted por qué detenerlos. Sería una nueva arbitrariedad sumada a la que ya se comete deteniéndonos a nosotros.

Inspector Reprima usted la lengua y vamos andando hacia el Gobierno civil. Allí veremos.

Enrique Protesto con la mayor energía, no ya por mí, sino por el atropello incalificable que supone detener a estos señores. (*Por el Maño y por Ramón.*) Esto es el abuso convertido en norma.

Policía 1.º ¡Vamos, vamos!; menos palabras, y adelante.

Obrero 1.º ¿Qué delito hemos cometido? ¡Yo no voy!

Inspector Irá usted amarrado codo con codo, a rastras si es preciso.

Enrique Esos son los argumentos de la fuerza. Substituir el derecho por un cordel, y la razón por una

estaca. (*A sus compañeros.*) Vamos, vamos; evitemos el escándalo, compañeros.

ESCENA VII

DICHOS, ISABEL

Isabel (*Presentándose en la puerta lateral derecha.*) Enrique, Ramón, a comer; que hace rato que os estamos esperando.

Enrique Súbete a casa; luego iremos. Ahora tenemos que llegarnos... ahí cerca; súbete a casa.

Obrero 1.º Yo no voy; salga lo que salga.

Policía 1.º (*Cogiéndolo por los brazos.*) (*A su compañero.*) ¡Trae las esposas!

Isabel (*Percatándose de que se los lleva detenidos la policía.*) ¡Qué es eso! ¡Por qué les prenden ustedes! ¡Qué ha hecho Enrique! ¡Enrique, Enrique!

Enrique Nada, hija, nada; vete a casa; no es nada.

Ramón Dile a Matilde que luego iremos. Díselo, ¿oyes?

Inspector ¡Vamos, vamos; acabemos ya! (*Los empujan hacia fuera.*)

Isabel (*Viéndolos salir. Llorando.*) ¡Enrique, Enrique! (*A los policías.*) ¡El es bueno, él es un santo! ¡Y le prenden! Yo voy contigo. Que me prendan a mí también. ¡Sí!; que me prendan. (*Al salir se abalanza sobre Enrique para abrazarle y la repele un policía. Llora.*) ¡Enrique, Enrique mío!

ESCENA VIII

MATILDE, ISABEL y MOZO DE BAR

Matilde (*Entrando.*) ¿Qué es eso?

Isabel ¡Presos... los llevan presos... Matilde, los llevan presos!...

Matilde ¡Una iniquidad más..., una infamia más... Son los mártires, son los redentores... y quieren crucificarlos!

Isabel ¡Lucha de odios... siempre odios!

Matilde ¡No, de amor; nuestra lucha, la lucha de los trabajadores, es de amor, de amor a las víctimas, de odio para todas las iniquidades! ¡El odio a la iniquidad es también amor, porque es justicia! ¡Hermana, hermana mía, seamos fuertes!

Isabel (*Abrazándola.*) ¡Amor... amor!...¿Cuándo, cuándo habrá amor entre los hombres!...

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el primer cuadro del segundo acto. Isabel y Matilde aparecerán sentadas junto a la mesa; la primera, cosiendo unas ropitas de niño; la segunda, cortando sopas de pan sobre una fuente.

ESCENA PRIMERA

ISABEL y MATILDE

Isabel — Este cuello, ¿cómo se cose?

Matilde — (*Dejando el cuchillo y el pan sobre la fuente y yendo a su lado. Coge la prenda.*) Mira, así; ¿ves? Hilvanas esto, y luego se pasa el pespunte por aquí. ¿Comprendes?

Isabel — Sí, sí. (*Coge de nuevo la prenda.*) Como yo no he cosido nunca esta ropitas, me encuentro algo torpe.

Matilde — Tampoco las había cosido yo; pero no hay más remedio que aprender. Los pobres, mejor o peor, tenemos que procurar sabérnoslo hacer todo para poder vivir.

Isabel — Tienes razón.

Matilde — ¡Ay, hija! Si no fuera por lo que tú me ayudas, no sé cómo iba a acabar con el trabajo.

Isabel — ¡Valiente ayuda, la mía!

Matilde — ¿Te parece poca?

Isabel — Lo que yo quisiera es poder hacer más; pero, créeme, Matilde; desde el disgusto que tuve cuando se llevaron presos a Enrique y a Ramón, no soy la misma. No sé; estoy trastornada.

Matilde — La culpa la tienes tú. ¡Si no sé cómo vives! Un gorrión come más que tú.

Isabel — Pero, si no tengo gana, ¿qué quieres que haga?

Matilde Pues hay que hacer un esfuerzo; porque has perdido mucho en poco tiempo y... a este paso...

Isabel Cómo quieres que no pierda, si además de lo que le pasa a Enrique, este hermano mío es un tormento perpetuo. Hasta a la bebida se ha dado.

Matilde (*Suspirando.*) ¡Ay! Ten paciencia, hija, ten paciencia.

Isabel El otro día, ya lo viste; vino borracho y quería pegarme. Si Enrique llega a estar en casa, hubiera ocurrido algo gordo. Yo no sé cómo se ha vuelto Laureano.

Matilde ¿No era antes así?

Isabel No. Era todo lo contrario. Siempre estaba cariñoso conmigo; pero ahora... contra Enrique y contra mí está hecho una furia.

Matilde ¿Sabrá... algo...?

Isabel ¿Cómo ha de saberlo? El corsé lo disimula. Además, ¿no voy a casarme con Enrique?

Matilde (*Pensativa.*) Tal vez no tenga Laureano toda la culpa.

Isabel Eso mismo había pensado yo; pero...

Matilde ¿No me dijiste que te propuso una colocación, donde podrías estar bien?

Isabel Sí; de ama de llaves y de maestra para practicar el francés, hablándolo conmigo una hija de la dueña. Y la hubiera aceptado; pero Enrique, a quien lo comuniqué al visitarlo en la cárcel, se opuso rotundamente.

Matilde Hizo bien.

Isabel Es que yo no quisiera seros tan gravosa. Ya ves; el pobre Ramón se mata trabajando... y...

Matilde ¿Quieres callar? Si alguna favorecida hay soy yo. Hasta tus ropas estropeas para hacerlas a mis hijos.

Isabel No me servían. Eso no es nada.

Matilde (*Con emoción.*) Eso es todo, puesto que prueba el corazón. Pero volvamos a lo de antes. Laureano no tiene aquí más amigos, que yo sepa, que ese Julio, con quien va siempre.

Isabel Es verdad.

Matilde Es el único que ha podido proporcionarle lo de

tu colocación... Dios sabe con qué fines. Porque, qué quieres que te diga; ese hombre a mí no me gusta.

Isabel Ni a mí tampoco. Cuando la semana pasada estuvo aquí con Laureano, so pretexto de preguntar por Enrique, me dijo unas cosas que me pusieron en guardia.

Matilde ¿Qué te dijo?

Isabel Verás. Mi hermano hablaba... lo de siempre: que no podíamos seguir así, que él no podía permitir que yo estuviera en la misma casa del novio, que... era vergonzoso, que... en fin; todo eso que tú has oído más de una vez y con mayor frecuencia desde que Enrique está preso.

Matilde Sí, bien. Y qué.

Isabel Que ese hombre, con una sonrisa hipócrita, que me daba asco, iba diciendo: No la acose, no la acose usted, amigo Laureano. Isabel es razonable para comprender lo que le conviene. Todo depende de un poco de paciencia y de que se vaya desengañando.

Matilde Desengañar, ¿de qué?

Isabel No lo sé; no pude averiguarlo, porque me faltó la astucia que a él le sobra, y le miré con tanto desprecio al ver sus ojos encendidos y fijos en mí, que cambió de color y se calló.

Matilde ¡Canalla!

Isabel En cuanto salga Enrique, voy a pedirle que no le hable más. Precisamente cree Enrique que el que avisó a la policía para que los detuvieran fué él.

Matilde Pero no le digas nada de eso que te pasó. Yo temo mucho los disgustos entre los hombres. De las palabras se van a los hechos y, a lo mejor, una ruina para siempre. Es preciso tener mucha prudencia.

Isabel La tendré.

Matilde Sí, hija, sí; mucha prudencia, ¡mucha! (*En este momento se oyen cuatro aldabonazos a la puerta de la calle. Se levanta y deja sobre la mesa la fuente. Isabel se levanta también y deja con apre-*

suramiento las ropas que tiene en las manos.)

Isabel — El cartero, el cartero; debe ser el cartero. Es la hora. (*Riendo y contenta.*) Bajo yo. A ver si se confirma la libertad de Enrique. Bajo yo.

Matilde — ¡Ay! ¡Dios lo quiera!

Isabel — (*Saliendo por la puerta lateral derecha.*) Sí, sí. Me dice el corazón que sí.

Matilde — ¡Pobrecito hermano mío! Tan bueno que es, ¡tan bueno!, y lo tratan como un criminal. Para mí que en este mundo, sólo triunfan los malos. (*Yendo, inquieta, de una parte a otra.*) ¡Ay, Dios mío! ¡Qué vida esta, qué vida esta! (*Arregla las sillas, las cambia de sitio.*) Y luego dicen...

Isabel — (*Dentro.*) Matilde, Matilde.

Matilde — (*Saliendo apresuradamente.*) Sí, sí. Es su libertad. (*Respondiendo.*) Voy, voy. (*Se topa con Isabel al ir a salir de escena.*)

ESCENA II

MATILDE, ISABEL

Isabel — (*Abrazando a Matilde y llevando la carta abierta en la mano. Sonriente, alegre y emocionada.*) Sí, hija, sí. Es de Enrique, y sale a las cinco de la tarde. ¡Qué bien, qué dichosa soy!

Matilde — (*Azorada por la emoción.*) Vamos, vistámonos. A ver, a ver lo que dice. Iremos a recibirle, ¿eh? A ver, lee la carta. (*Isabel, entretanto, está releyendo para sí la carta, como abstraída de todo.*) ¿Pero, qué no lees? ¡Léela mujer!

Isabel — Voy, voy. Déjame que acabe. (*Tras de un momento de silencio sonríe beatíficamente.*) ¡Qué bueno, qué bueno es! (*Besa la carta.*)

Matilde — ¿Qué dice?

Isabel — (*Leyendo la carta con voz conmovida.*) Amada mía: Ya llegó la ansiada hora. Acaban de decirme que hoy, de cinco a seis, seremos puestos en libertad. Una sonrisa tuya será bastante a compensarme de todos los sufrimientos de la

cárcel. Yo no quiero para mis amarguras más pago que ése. En la ruda lucha por nuestros derechos, tú eres mi energía, mi consuelo, mi bien, el fuego santo que arde en mi corazón. Pensando en tí, hasta en este infierno cabe la dicha. Tú, mi buena hermana, Ramón, los niños... ¡Qué mundo más grato, más delicioso, más lleno de amor! Dentro de unas horas caminará hacia él, tu *Enrique. Postdata. (Transación.)* No vengáis a recibirme; os lo prohibo. Las emociones tiernas se saborean mejor en el hogar, a solas con el cariño. (*Queda desilusionada por la prohibición.*)

Matilde ¡Pobrecito hermano mío! ¡Qué peso se me va del corazón, al saber que sale de la cárcel!

Isabel ¡Y a mí, ¡ay! ¡Tú no sabes! Estas semanas que ha pasado preso, tenía aquí dentro (*tocándose el pecho*) una cosa que me iba ahogando poco a poco, lo mismo que si fuera un dogal. Al acordarme que estaba solo en una celda, allí, cerrado como una fiera, la opresión del pecho se me subía a la garganta y me estrangulaba... me estrangulaba... ¡Ay, hija! ¡Cuánto he sufrido!

Matilde ¡Ea, basta! Hemos de ir a recibirle a la puerta misma de la cárcel. Yo me echaré la culpa.

Isabel (*Vacilando.*) ¿Y si se disgusta?

Matilde No, mujer, no. Le diremos que no hemos tenido bastante paciencia para aguardarle en casa, y como él comprenderá que todo ha sido porque le queremos mucho, verás cómo no nos riñe.

Isabel Sí, sí. Muy bien pensando. ¡Ea, a vestirnos! (*Matilde sale, lateral izquierda. Pone Isabel atención, como si hubiera oído llamar a la puerta y suspende el desnudarse.*)

ESCENA III

DICHAS y el MAÑO

Maño *(Dentro.)* ¿Se pué pasar?
Isabel ¿Quién es?
Maño Yo, señorica.
Isabel ¡Ah! es el Maño. Pase, pase.
Maño Buenas tardes, señorica Isabel.
Isabel Buenas, Maño.
Matilde *(Entrando.)* El Maño quiere hablar contigo.
Maño Sí. Hi venío corriendo, pa eso. Como que paece que no, y estoy cansao. *(Saca un pañuelo tiznado de carbón y se limpia el sudor.)*
Isabel Diga, diga, Maño.
Maño Pues verá usté. Hace un ratico m' hi encontrao a un amigo mío y m' ha dicho que Enrique salía esta tarde; que ha ido a vele esta mañana a la cárcel y que él mismo se lo había dicho. Y yo, al sabelo, del mismo modo que estaba en el trebajo, hi pedío permiso al encargao y he vinío a icírselos a ustés. *(El Maño entrará con la blusa al hombro.)*
Isabel Gracias, muchas gracias, Maño.
Matilde Se conoce que quiere usted mucho a Enrique.
Maño ¿Que si lo quiero...?
Isabel Sí, Maño, sí; es cierto. Enrique sale hoy. Ahora mismo acabamos de recibir una carta suya en que nos lo dice.
Maño Ven ustés, ven ustés cómo ha salío. Yo ya lo icía. Cuando nos llevaron presos, Enrique, viéndome a mí apurao, porque, la verdá, lo estaba, me dijo: Esto no es ná, Maño. Unos días deteníos, y ná más. Y ya saben ustés que Enrique, como entiende de tó, se equivoca poco. *(Isabel y Matilde sonríen satisfechas.)* ¿No van a esperarlo ustés?
Isabel Sí queríamos ir; pero nos prohibe en la carta que vayamos.

Maño — Pues él sabrá por qué lo hace. No vayan. Ya iré yo, que tengo la obligación d' hacelo tó por él.

Matilde — ¿Por qué tiene usted esa obligación?

Maño — ¡Si ustés hubieran visto cómo nos defendía a su marío *(por Matilde)* y a mí, cuando nos preguntaban aquella gentecica del gobernaor!... Como que nos echaron en seguía. Por supuesto; ya se lo habrá contao Ramón, que también l' oyó.

Matilde — Sí; ya nos contó algo mi esposo.

Isabel — Sí; pero, ¿qué decía, qué decía Enrique? Cuéntenoslo usted.

Maño — *(Embarazado.)* Pues... pues... icía, que nusotros no sabíamos ná de la huelga, que... éramos mu honraos, que... vamos, que debían echanos en seguía. Y míe usté: tan bien lo dijo, que nos soltaron a Ramón y a mí. Allí, metíos en el calabozo, hablaba talmente que si echase un descurso. *(Pausa. Isabel y Matilde sonríen.)* Es mu bueno, es mu bueno Enrique.

Isabel — *(Emocionada.)* ¡Pobre Enrique mío! ¡Cómo no he de quererte yo, si te quieren todos, todos los que tienen corazón!

Maño — Aún se me quedaba una cosica por decir. Allí, en el calabozo, sólo sentía la cosa por ustés. ¡Qué desgusto, qué desgusto pa ellas!, iba diciendo.

Matilde — ¡Por qué será tan desdichado!

Isabel — *(Con energía y resolución.)* Yo, nosotras, contra todo y contra todos, sabremos hacerle feliz.

Matilde — Sí, hija, sí; lo merece. Ya es hora que su vida de huérfano y de mártir tenga alguna recompensa; ya es hora que su corazón, siempre dispuesto a todo bien, halle el bien del amor.

Isabel — Suya soy en cuerpo y alma, suya seré siempre. Por él hubiera abandonado a mi propia madre, por él daría mi vida.

Matilde — El la daría por cualquiera de nosotros.

Maño — *(Emocionado.)* ¡Es mu bueno, es mu bueno!

Matilde — Desde niño ha sido siempre igual. El oficio, lo que sabe, todo lo ha aprendido él solo. *(Con emoción creciente.)* A mí me enseñaba cosas

muy buenas. Me decía que era preciso amar a todos, cumplir con el deber, sacrificarse por los que sufren, tener buen corazón. Y muchas veces, para que no fueran sólo palabras, de su pobre comida guardaba la mitad para un hambriento, con quien la compartía al bajar a la calle.

Maño — ¡Es mu bueno, es mu bueno! (*Isabel llora y sonríe, con esa plenitud de dicha que necesita de la lágrima y de la risa.*)

Isabel — Vamos, vamos a esperarle.

Matilde — (*Entusiasmada.*) Yo le observaba por el balcón, y cuando había cedido al otro lo que se quitaba de la boca, veíale sonriente, dichoso, feliz. Y la ternura me embargaba y las lágrimas acudían a mis ojos y tenía que retirarme, exclamando: ¡Es un santo! ¡Es un santo! (*Pausa.*) ¡Qué orgullo, qué orgullo experimentaba entonces al pensar que era mi hermano... y qué orgullo siento ahora, al saber que aún es lo mismo!

Isabel — ¡Mi Enrique!

Maño — Yo voy a esperarlo. Pero ustés no vengan. L' ha dicho él. Ya lo saben: voy a esperarlo. Hasta dempués. (*Saliendo, lateral derecha.*) Ustés no vengan. L' ha dicho él.

Isabel — Adiós, Maño. Venid en seguida aquí.

Matilde — Sí, sí. Venid en seguida.

ESCENA IV

MATILDE e ISABEL

Isabel — Prohibiéndonos ir a esperarle, nos ha condenado Enrique a un mal rato, a un rato de suplicio.

Matilde — Sí; es cierto; pero tengamos un poco de paciencia, ya que tú no has sido bastante decidida para desobedecerle en este caso.

Isabel — Es preferible que suframos nosotras a que se disguste Enrique. (*Va de una parte a otra, está inquieta, sentándose, levantándose, asomándose*

al balcón, etc., etc.) ¿Por qué no me cuentas algo más de la vida de Enrique cuando era muchacho?

Matilde — Ya te lo he contado muchas veces.

Isabel — Sí; pero... más, más. Yo quisiera saber más cosas. El me dijo que os quedasteis huérfanos de muy jóvenes y... ¿qué, qué?; cuéntamelo.

Matilde — Nuestra historia es de dolor, es ingrata, como la de casi todos los huérfanos. Al recordarla, parece que un látigo restalle sobre el alma, dejando la huella amoratada de un cardenal.

Isabel — Mayor motivo para que yo desee conocerla. A los seres que amamos, las mujeres les amamos más si sabemos que han sufrido. Hay algo en el amor que necesita alimentarse de la admiración o de la compasión.

Matilde — (*A Isabel, que anda inquieta.*) Pero, siéntate, mujer.

Isabel — Bueno; pero cuéntame de vuestra juventud. Hablando de eso se pasará mejor el tiempo.

Matilde — Pues... mira. Quedamos huérfanos porque nuestro padre, que era albañil, cayó de un andamio. ¡Ay! ¡Aún me horrorizo cuando lo pienso! Iba yo a llevarle la comida y vi un grupo de gente junto a la obra. Me acerqué, y estaba mi padre en el suelo, ensangrentado, con los ojos muy abiertos, como si quisiera decirme algo con la mirada. (*Isabel hace un gesto de horror.*) Luego se dejó caer pesadamente sobre los que le sostenían, y cerró los ojos.

Isabel — ¿Y no te dijo nada? ¿Ni una palabra?

Matilde — No; estaba muerto. Sus labios temblaron como en un «adiós». A mí, llorando, me condujeron a casa. Nuestra madre, al enterarse, parecía loca.

Isabel — Y con razón. Perder así un ser querido debe ser muy terrible.

Matilde — No puedes figurártelo. Esas desgracias, por lo inesperadas, son más tremendas. Sea por el disgusto que tomó mi madre o porque hacía tiempo estaba enferma, aunque no de gravedad, a la semana siguiente murió también, gritando

siempre en su desvarío: ¡Juan, Juan! ¡Matilde, Enrique, mis hijos!; ¡el andamio, el andamio!

Isabel ¡Pobre mujer! Calla, calla. No cuentes más. Me da horror. (*Pausa.*) ¿Y os queríais mucho tú y Enrique?

Matilde ¡Mucho! Como dos hermanos a quienes la desgracia convierte en más buenos, en más cariñosos y en providencia el uno para el otro. Nunca tuvimos un disgusto.

Isabel ¡Ay! ¡Si mi hermano hubiera sido como Enrique!... (*Se levanta y sale al balcón, mira arriba y abajo y entra.*) Ahora sube Laureano con ese hombre. (*Con enojo.*) Te aseguro que me pongo de mal humor cada vez que veo a ese Julio.

Matilde Haremos lo posible por abreviar la visita, para que no esté aquí cuando llegue Enrique. Voy a abrirles. (*Sale.*)

ESCENA V

DICHOS, LAUREANO y JULIO

(*Entran primero Laureano, luego Julio y detrás Matilde. Laureano cojea de la pierna izquierda y se deja caer sobre una silla, sin decir nada.*)

Julio (*A Isabel.*) ¿Cómo está usted?

Isabel (*Concisamente.*) Bien, ¿y usted?

Julio Bien; gracias.

Laureano (*A Julio.*) Ya estamos aquí.

Julio (*A Isabel.*) La veo a usted algo demacrada. ¿Qué está enferma?... Y Enrique, ¿cómo sigue?

Isabel Bien. (*Aparte.*) ¡Qué le importará a él!

Laureano (*A Isabel y hablando con la torpeza del beodo.*) Ya... te puedes preparar; por... porque has de venir conmigo...

Isabel ¡Dónde he de ir yo!

Laureano Ya lo sabrás luego; luego. Ahora, no. Has de venir conmigo.

Isabel Pero ¿dónde he de ir?

Laureano Ya te lo he... dicho. Luego, luego lo sabrás.

Isabel — Yo no puedo salir de casa, ahora.

Matilde — ¿Qué es eso, Laureano? ¿A qué viene eso?

Laureano — A que ha de venir conmigo..., porque... ya sabe que no quiero que esté más aquí.

Matilde — No creo que merezcamos lo que usted hace con nosotros.

Isabel — No le hagas caso. Se ha empeñado en matarme á disgustos. (*Solloza.*)

Julio — Vamos, Laureano, sea usted un poco más considerado. Ya vendrá.

Isabel — (*A Julio. Con rabia.*) Pero ¿dónde he de ir?, pregunto.

Julio — (*Hablando como para que no le oiga Laureano.*) Su hermano ha bebido un poco de más, y quizá fuera mejor complacerle. Salga usted con él, a ver lo que quiere, y luego vuelven. Yo les acompañaré.

Isabel — Yo no puedo salir con él ni con nadie. Estoy enferma.

Laureano — Pues has de salir de aquí.

Isabel — Te digo que no, y menos sin saber a dónde vamos.

Laureano — Yo te digo que sí. A buenas... o a malas... tú te vienes conmigo.

Isabel — (*Llorosa.*) ¡Jesús, Jesús! ¡Qué tormento, madre mía!

Matilde — Laureano, por lo que usted más quiera, no se ponga usted de ese modo. Pudiera haber un disgusto. Ramón está al llegar.

Julio — (*A Matilde. Por Laureano.*) Dispénsele usted. Se le ha metido en la cabeza que su hermana vaya a una casa decente, donde tiene colocación. Yo creo que debía acceder para evitar este momento de violencia.

Isabel — He dicho que no salgo de casa por nada ni por nadie.

Laureano — (*Levantándose para coger a Isabel.*) Ya veremos. (*Isabel se refugia tras de Matilde y solloza.*)

Matilde — (*A Julio.*) Usted quiere perdernos.

Julio — ¿Yo, señora?

Matilde — Sí; usted. (*Oye que se abre la puerta del piso.*) ¡Jesús, Jesús! ¡Qué va a pasar aquí! (*A Julio.*) Hágale callar; se lo suplico. Tú, Isabel, serénate, que está Ramón ahí.

ESCENA VI

DICHOS y RAMÓN

Ramón — (*Entrando.*) Buenas tardes.
Todos — Buenas tardes.
Ramón — (*Fijándose en Julio.*) ¿Qué tal está usted?
Julio — Bien ¿y usted?
Ramón — Bien; un poco cansao, na más.
Laureano — (*A Isabel.*) Vamos a ver qué haces.
Isabel — Mañana hablaremos de eso. (*Con mimo forzado.*) ¿Quieres, Laureano?
Laureano — No. Hoy; ahora.
Matilde — (*Haciéndole señas para que vaya.*) Isabel, oye, ven un momento.
Isabel — (*Se encamina hacia la puerta.*) Voy.
Laureano — No te vayas. (*Con rabia.*)
Julio — (*A Laureano.*) ¡Déjela usted, hombre!
Ramón — (*Observando algo anormal.*) ¿Qué es esto?
Matilde — (*Solícita.*) Nada, nada, Ramón; no es nada; unas palabras entre Isabel y Laureano; cosas de hermanos.
Ramón — (*A Laureano.*) No seáis niños. Y deja tranquila a Isabel, que ya sabes que hace tiempo que está mala.
Laureano — (*Con grosería.*) Eso quisierais vosotros, que la dejara.
Ramón — ¿Por qué dices eso? Nosotros queremos paz, paz ná más y vivir tóos en armonía.
Julio — Es que Laureano, por no ser a ustedes tan gravoso, quería que su hermana se colocase de ama de llaves en una casa, donde estaría muy bien.
Ramón — No l' hace falta colocarse en dengún lao, mientras yo trabaje. Ni a él tampoco.

Laureano Es que yo no quiero que esté aquí, ni quiero estar yo tampoco.

Ramón Pues vete cuando quieras; pero en lo tocante a Isabel, si ella no quiere, no saldrá de aquí, hasta que Enrique lo diga.

Laureano Eso ya lo veremos. ¿Quién es Enrique para mandar en ella?

Ramón Enrique es su prometío, el que la recogió cuando tú estabas en la guerra, el que se casará con ella mu pronto y el hombre, a más, que la quiere como se debe. (*Haciendo una seña para que haya silencio, y con azoramiento evidente, sale Matilde.*)

Laureano Yo soy su hermano.

Ramón Pues no se conoce mucho. Ni ahora, ni antes.

ESCENA VII

DICHOS, ENRIQUE y MAÑO

(*Quedan todos suspensos oyendo dentro una voz masculina conocida. Isabel se levanta apresuradamente y, al salir por la puerta, izquierda, se topa con Enrique, que entra seguido del Maño y de Matilde. Movimiento de contrariedad en Julio y Laureano. Se levantan todos, menos éste, para saludar a Enrique.*)

Isabel (*Al toparse con Enrique en la puerta. Con cariño y emoción.*) ¡Enrique, Enrique!

Enrique (*Pasándole un brazo por el talle y como acogiéndola con pasión.*) ¡Isabel, Isabel mía! ¡Ya estoy aquí!

Maño (*Contento.*) Eso es. Ya está aquí. Ya lo tienen ustés aquí. Y que hemos venío a tó escape.

Enrique Ya estamos reunidos otra vez. Ya se pasó el mal rato. Ahora, paz, armonía, tranquilidad. (*Fijándose en Isabel.*) Me disgusta mucho, Isabel, verte tan desmejorada.

Isabel Ya me repondré en seguida. Verás, verás.

Ramón No comía casi ná... Por más que nosotros le decíamos... ¡bien! no hacía caso.

Enrique Pues hay que comer. (*Fijándose en Laureano, que continúa sentado y con malísima cara.*) ¿Qué haces ahí? ¿Te encuentras mal?

Laureano Esto se ha de acabar. (*Movimiento de sorpresa en todos.*)

Enrique (*Extrañado.*) Qué es lo que se ha de acabar?

Isabel Nada, Enrique. Nada

Matilde Laureano está hoy... de mal humor.

Julio (*A Laureano.*) Vámonos, vámonos, Laureano.

Laureano Conque ¿nos hemos de ir ahora? Yo no salgo de aquí sin llevarme a mi hermana, que es a lo que hemos venido. Si usted es cobarde, yo no.

Enrique (*A Laureano.*) ¿Qué es eso? Vamos a ver.

Laureano Que Isabel se viene conmigo, porque yo no quiero que esté más tiempo en esta casa.

Isabel No, no, Enrique; yo no quiero ir, no quiero ir.

Enrique Pero, Laureano, ¿por qué todo esto? Vamos, explícate; ¿por qué este disgusto?

Laureano Porque nos deshonras.

Enrique Solas y sin amparo de nadie dejaste a tu madre y a tu hermana. De dolor, y acaso también de escaseces, murió la primera; buscando un amparo que tú no le dabas, llegó Isabel hasta mí. Las necesidades obligan, con frecuencia, a rodar hasta el abismo. Quien olvida el deber de subvenir a ellas, no veo el derecho que pueda invocar para censurar las consecuencias. Isabel hace mucho que es para mí lo primero; para tí... que la abandonaste, yo no sé el lugar que ocupa. No obstante, la elección es cosa de ella. Que decida.

Isabel ¡Contigo, contigo siempre! (*Se abalanza Laureano hacia ella con la mano levantada y se interpone Enrique, quien le repele hacia atrás.*)

Enrique ¡Alto! No como prometido, como hombre, defiendo en tu hermana la debilidad, la mujer, a la que las personas bien nacidas jamás llegan a maltratar.

Laureano ¡Ah, sí!

Enrique — Sí. Se ha amparado de mí, va a ser mi esposa, lleva en sus entrañas algo que me pertenece, y no consiento, no puedo consentir que nadie atropelle a la que tan sagrados deberes me ligan.

Laureano — ¿La tomas por la fuerza?

Enrique — No; la tomo por su voluntad, por mi amor y aun quiza por la voluntad de aquella mártir, a quien los disgustos llevaron a la muerte.

Laureano — Soy el hermano de Isabel.

Enrique — Razón de más para que fueras su ayuda. Yo soy quien se ha consagrado a ella de por vida y quien está dispuesto a defenderla contra todo y contra todos.

Laureano — Yo la arrancaré de tus uñas.

Enrique — No, ciertamente, mientras ella no quiera.

Laureano — Querrá a la fuerza.

Enrique — A la fuerza, no.

Laureano — ¿No?

Enrique — No, mientras yo aliente.

Laureano — A ver, pues, a quién se le corta antes el resuello. (*Brilla un cuchillo en la mano de Laureano, con el que acomete a Enrique. Gritos, chillidos de las mujeres, movimiento de los hombres, que quieren evitar la agresión.*)

Julio — (*Con angustia.*) ¡Laureano!

Ramón — (*Con rabia.*) ¡Laureano! (*Enrique esquiva las acometidas, va reculando. Todos quieren coger, sujetar al agresor; pero éste se vuelve hacia ellos con el arma, como dispuesto a herirles. Al ver a su prometido acosado en un rincón y ensangrentada su mano izquierda, con la que ha parado un golpe, grita trágicamente Isabel.*)

Isabel — ¡Enrique, que te mata! ¡Defiéndete!

Matilde — ¡Ramón, sangre! ¡Defiende a Enrique! (*Ramón coge una silla y, con ésta levantada, va hacia Laureano, pero el Maño se anticipa y da un manotazo al repetido Laureano, quien se vuelve hacia él agresivamente, momento en el cual salta Enrique sobre su adversario, cogiéndole la mano con que sujeta el cuchillo.*)

Enrique — (*Apretándole fuertemente la muñeca y sacudién-

dole el brazo.) ¡Suelta! ¡Suelta! ¡Suelta! ¡Insensato! (*Ramón, Maño y Julio van a ayudarle a desarmar a Laureano; Isabel y Matilde lloran desoladamente.*) ¡Dejadme! Yo me basto para domar esta fierecilla. (*Cae el cuchillo al suelo, lo recoge Enrique con rapidez y Laureano se arrincona hacia un ángulo, adonde le sigue Enrique.*)

Isabel *(Con trágica angustia.)* ¡Enrique, no, no le mates!

Matilde ¡Enrique, Enrique! (*Angustiosamente. Ramón y el Maño quieren contener a Enrique.*)

Enrique ¡No, no temáis, no temáis! La sangre sólo la derraman los que no tienen conciencia de lo que significa ser hombre. (*Cogiendo a Laureano por el brazo y arrojando el cuchillo al suelo.*) ¡Levanta, levanta. Yo no mato! ¡Yo sólo amo... o desprecio! (*Con rasgo de grandeza.*) A ti... ¡te perdono! (*Se retrata en todos los semblantes la admiración.*)

Isabel (*Con gran emoción.*) ¡Enrique, Enrique mío! ¡Contigo, contigo siempre! (*Avanza hacia él y se coloca a su lado.*)

Laureano (*Como anonadado por la grandeza de Enrique y sollozando.*) ¡Sí; con él! ¡Me ha vencido! Ahora veo claro. Sabe vencer perdonando. ¡Con él!

Isabel (*Corre hacia Laureano.*) ¡Hermano mío! ¡Y contigo también!

Laureano (*A Julio, con rabia reconcentrada.*) ¡Aprende, ruín! (*Julio baja la cabeza.*)

Enrique Perdón para todos, paz para todos. La vida, sólo así puede gozarse.

Isabel (*Emocionada y empujando a su hermano hacia Enrique.*) ¡Abrázale, Laureano! (*Laureano, compungido, temeroso, no se atreve. Abre sus brazos Enrique y se precipita en ellos. Momento de intensa emoción en todos.*)

Enrique Este abrazo quisiera hacerlo universal. «Amaos los unos a los otros», es el código más sabio, el más sublime.

Isabel (*Acercándose con un pañuelo blanco en la mano*

y aplicándolo a la mano sangrante de Enrique. (*Con gran ternura.*) Restaña esa sangre, manchas a Laureano.

Enrique — ¡Déjala, déjala que fluya! Esta sangre no mancha. Ha servido para purificar, ha servido para redimir. ¡Déjala, déjala que fluya! (*Cae Laureano con una rodilla en tierra, y solloza.*) ¡De rodillas, no! (*Levantándolo.*) Aquí, entre mis brazos, junto al corazón.

Isabel — (*Con emoción enérgica, tiernísima.*) ¡Enrique de mi alma! (*Abrazándole por un lado.*)

Matilde — ¡Hermano mío! (*Abrazándolo por el otro.*)

Enrique — ¡Todos, todos cabéis aquí dentro! (*Mirando a lo infinito.*) ¡Amor, bendito amor, fuerza suprema para vencer todo mal, antorcha, luz divina que conduce a todo bien!

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL DRAMA

JUICIO QUE MERECIÓ ESTA OBRA
A DON BENITO PÉREZ GALDÓS

Sr. D. Vicente Lacambra.

Mi querido amigo: He leído, mejor dicho, me han leído su drama «*Yo no mato*». Ya sabrá usted que yo estoy muy mal de la vista y que todas las impresiones e ideas me entran por el oído.

El asunto es nuevo en el teatro de España, los caracteres están muy bien presentados, la acción se desarrolla con creciente interés. Lisa y llanamente diré a usted que su obra me ha gustado mucho, PERO MUCHO.

El primer acto es un poquito lánguido (1).

El segundo acto me resulta admirable. La presentación de Julio y la reaparición de Laureano, cojo y atrabiliario, dan gran interés a la obra, y el final, con la prisión de Enrique y los obreros, termina admirablemente el acto.

El tercero también va muy bien: el desenlace se prepara y desarrolla de una manera muy natural y me agrada más por no ser terrorífico. Me encanta, sobre todo, la grandiosidad ideal con que termina.

Le aconsejo que haga representar la obra en esa capital o donde quiera que sea.

No sé si sabrá usted que en la Casa del Pueblo, de Madrid, se ha construído una sala de teatro muy bonita.

---

(1) El primer acto fué modificado por la indicación del Maestro, y resulta, ahora, a juicio del autor, el más intenso de la obra.

Precisamente mañana, la compañía de María Guerrero va a representar una función de las de su repertorio.

Piense usted en el teatro de la Casa del Pueblo y en los demás que hay en Madrid, donde quizá no le sea a usted difícil estrenar su obra.

Dígame si quiere que le devuelva el manuscrito.

Siempre de usted atento servidor y cordialísimo amigo,

q. s. m. e.,

B. Pérez Galdós

Madrid 23 Junio de 1915.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

MI CALVARIO: Diez años de un inocente en presidio. . . . . 3'50 pesetas.

Precio: 2'50 ptas.